

5590

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

---

---

# LOS HOMBRES DE TALCO

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

ESCRITA SOBRE EL PENSAMIENTO DE UNA OBRA FRANCESA

POR

DON SALVADOR M.<sup>a</sup> GRANÉS

Y

DON CARLOS CROUSELLES



MADRID

Núñez de Balboa, 12

1903

3



# LOS HOMBRES DE TALCO

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

ESCRITA SOBRE EL PENSAMIENTO DE UNA OBRA FRANCESA

POR

DON SALVADOR M.<sup>a</sup> GRANÉS

Y

DON CARLOS CROUSELLES

Estrenada con extraordinario éxito en el GRAN TEATRO CALDERON de  
Valladolid, el 28 de Noviembre de 1903



MADRID

R. VELASCO. IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

*Teléfono número 551*

1903

# REPARTO



## PERSONAJES

## ACTORES

LA MARQUESA DE NOGALES	SRTA. MORENO.
VALENTINA.....	SRA. COB.
VIZCONDESA....	LUNA.
CONSUELO... ..	SRTA. LÓPEZ-BURILLO (I.)
CARMEN .....	LÓPEZ-BURILLO (S.)
FERNANDO GONZÁLEZ SIE- RRA.....	SR. MORANO.
EL MARQUÉS DE NOGALES..	RUIZ-TATAY.
GONZÁLEZ-GÓMEZ .....	RAMÍREZ. ·
ARTURO LARROCA.....	VIÑAS.
ESTÉBANEZ.....	NIEVA.
PÉREZ.....	PORREDÓN.
EL VIZCONDE.....	FLORIT.
EL GENERAL.....	NORBO.
JUAN.....	AGUADO.



# ACTO PRIMERO

---

Gabinete de González, amueblado con lujo; chimenea en el fondo, encendida; una puerta á la derecha y otra en el fondo. En el centro de la escena, mesita caprichosa, y una silla dorada á cada lado de ella.

## ESCENA PRIMERA

VALENTINA. Después FERNANDO. Aquella aparece leyendo el periódico «La Conciencia Pública»

FERN. (Entra por el fondo sin que Valentina lo note, y colocando sus manos sobre los hombros de aquélla exclama cariñosamente.) ¡Bien!

VAL. (Asustada.) ¡Ay! me has asustado.

FERN. Muy interesante debe ser lo que dice ese periódico cuando no me has sentido entrar.

VAL. (Mostrando el periódico) No; lo he cogido en este momento.

FERN. ¡Oh! ¡*La Conciencia Pública!* La popularidad que en poco tiempo ha alcanzado este diario la debe más que nada á su título.

VAL. Ya lo creo; es magnífico...

FERN. Y sugestivo; porque echar á la calle un diario que se titula *La Conciencia Pública*, en un país donde no hay conciencia, es nombrar la soga en casa del ahorcado.

- VAL. Oye, ¿el dueño de esta publicación debe ganar mucho dinero?...
- FERN. Mucho; no te digo más sino que hace seis meses apareció el primer número, y hoy tira doscientos mil ejemplares.
- VAL. Como que es el periódico de más circulación de España.
- FERN. Pues ya ves tú lo que son las cosas. El propietario quiere venderlo, según dicen.
- VAL. ¿Venderlo? ¿Y qué va á ser entonces de Arturo Larroca?
- FERN. ¡Toma, toma! ¡Bastante le importa á él que *La Conciencia Pública* cambie de dueño! ¿Se alarmarían los inquilinos porque papá vendiera su casa á otra persona? Arturo es el alma del periódico, y supongo que estará muy tranquilo, porque quien compre ese diario no prescindirá de él...
- VAL. ¡Oh! Sus artículos son tan hermosos y tan honrados, que estoy segura de que no hay dos periodistas como él en toda España,
- FERN. Eso sí. Arturo es un carácter que mantiene con su pluma la bandera de la razón, no por lucro, sino porque ese es su ideal.
- VAL. Sin embargo, tendrá buen sueldo, porque siendo el redactor jefe...
- FERN. Para vivir con mucha modestia. En España, el periodista es la última palabra del Credo. Si no estoy equivocado, Arturo gana diez mil pesetas anuales, ó sea la quinta parte de lo que papá me regala para que yo contraiga deudas. Y á propósito, ¿has observado algo extraño en papá durante el almuerzo?
- VAL. No; nada...
- FERN. Eso es que no ha recibido aún la noticia.
- VAL. ¡Ah! ¿Nuevas trampas?... Fernando, es preciso que sientes la cabeza; y sobre todo, en vez de proporcionar más disgustos á nuestro padre has debido acudir á mí; porque la hermana del calavera tiene todavía unos cuantos miles de pesetas ahorrados para sacarte de apuros
- FERN. (Con cariño.) No; Valentina, no. Guarda tus

ahorros. Ya sabes tú que papá no me niega nada de lo que le pido, y si me riñera, tengo una receta para acallar sus sermones.

VAL. La conozco; repetirlé que quieres irte á América con el tío. Pero dime... ¿en qué inviertes tanto dinero?

FERN. ¡Bah! ¡Yo qué sé!... En cosas... Únicamente los espíritus miserables apuntan sus gastos.

VAL. Eso es que no quieres decirlos. Está bien. Puesto que tú tienes secretos para tu hermana, yo los tendré para tí.

FERN. No, tonta, yo no tengo ninguno, pero comprenderás...

VAL. Pues yo sí tengo uno, y gordo.

FERN. ¡Caracoles! ¿Y de qué se trata, ó mejor dicho, de quién se trata?

VAL. Veo que adivinas algo... Te lo voy á confesar todo. Se trata de Arturo Larroca. ¿Le crees digno de mí?

FERN. ¡Ah, vamos! ¡Ya comprendo! Pues me parece un muchacho de buenas condiciones, pero creo que él no piensa en tí.

VAL. Pues te equivocas de medio á medio. Arturo me ama.

FERN. Lo afirmas ni más ni menos que si estuvieras segura de lo que dices... ¿El te ha escrito? ¿Te ha indicado su amor de algún modo?

VAL. Me ha revelado su pasión con los ojos.

FERN. ¡Bonito sistema!... (La pobrecilla ignora las relaciones de Arturo con la Marquesa.) Pues mira, Valentina, por si acaso has visto visiones, creo que debías someterle á observación como los relojes, hasta adquirir el convencimiento de que te adora.

VAL. ¡Magnífico! Y nadie mejor que tú puede encargarse de misión tan delicada...

FERN. ¿Yo?

VAL. Hombre, siendo mi hermano nada tiene de particular; aparte de que todo consiste en que sondees su ánimo con habilidad.

FERN. Pues te juro que no sabría como empezar á hablar de eso...

VAL. Te ahogas en un vaso de agua. La cosa nõ

puede ser más sencilla. No tienes más que decirle: «Mi hermana está enamorada de usted y yo le autorizo para que pida su mano.»

FERN. ¡Qué barbaridad!

VAL. Hijo, pues más delicadamente...

FERN. Lo creerás tú así, pero eso es lo mismo que decirle: «El alfiler que lleva usted en la corbata me gusta mucho, y no me ofendería si me lo regalase.»

VAL. Eso es sacar las cosas de quicio, Fernando.

FERN. Silencio, que viene papá.

VAL. Pues, prepárate para la tormenta.

## ESCENA II

DICHOS y GONZALEZ, derecha

GONZ. (A Valentina.) Hija mía, tengo que hablar con tu hermano; déjanos.

VAL. Bueno, papá. (La peluca va á ser buena.)  
(Mutis fondo.)

GONZ. Siéntese usted, caballero... (Se sientan en las sillas doradas.) Pues bien; su abuelo de usted, era un pobre maestro de escuela de Segorbe...

FERN. Lo sé, y... (Fernando se distrae en contemplar las paredes, mientras su padre habla.)

GONZ. Tenga usted la bondad de no interrumpirme. (Continuando.) Cuando terminé la primera enseñanza, me envió á Barcelona con veinte pesetas en el bolsillo, y una carta de recomendación para la razón social de banca Oriol y Puchandreu, y ¿sabe usted lo que me dijo al separarnos?

FERN. Buen viaje.

GONZ. No señor; me dijo...

FERN. Basta: me lo has contado doscientas veces. No te molestes más.

GONZ. ¡Ah! Fíjese usted en que yo no le tuteo.

FERN. Pues yo te autorizo para que no me hables con tanta ceremonia.

GONZ. ¡Qué cinismo!



- FERN. (Con zalamería.) Vamos, querido papá, comprendo que te enfade pagar mis deudas, pero yo no tengo ningún motivo para disgustarme porque las abones.
- GOZN. No vuelvo á pagar una.
- FERN. Entonces las pagarás todas juntas...
- GOZN. Señor mío, he venido á reprenderle y no á escuchar chirigotas. ¿Crees, acaso, que ignorando el valor del dinero, he conquistado la posición que ocupo? Pues, no señor; que ha sido á fuerza de trabajo y economía. A tu edad, ganaba yo veinticinco duros mensuales y vivía sin hacer trampas.
- FERN. Claro, como que las habrías tenido que pagar tú.
- GOZN. Y hoy mismo gastas el doble que yo.
- FERN. Naturalmente; ¿vas á comparar al hijo de un pobre maestro de escuela, que eras tú, con el del primer banquero de Madrid? ¿Crees tú, que yo voy á vivir como un escribientillo de mala muerte?
- GOZN. Ni tanto, ni tan calvo.
- FERN. Bueno; pues yo no estoy dispuesto á hacer el ridículo, reduciendo mis gastos de pronto.
- GOZN. ¿Y qué quieres decir con eso?
- FERN. Que me dejes irme á América con mi tío.
- GOZN. Esa es una muletilla que te has aprendido para hacer tu gusto, porque sabes que siendo yo millonario no voy á consentir que mi hijo se vaya á América á despachar paños y lanas en el comercio de su tío.
- FERN. Bueno; pues ó comerciante en América, ó señorito rico hasta que tú dispongas otra ccsa. Mi boda, por ejemplo.
- GOZN. ¿Tu boda? ¿Y crees tú, que puede encontrar esposa el hombre que se pasa la vida en los escenarios? Mejor fuera y más barato te costaría otra clase de relaciones.
- FERN. No te comprendo.
- GOZN. Quiero decir, que en vez de derrochar el dinero con tiples y coristas, sería preferible que te dedicaras á una mujer sola, aunque esos amores no fueran muy lícitos.
- FERN. ¿Con una mujer casada, quizás?

- GONZ. No; pero, vamos, con una mujer que tuviera que guardarse.
- FERN. Papá, esa no es la moral del Evangelio.
- GONZ. Pero es la del mundo, á la que debemos atenernos. Ahí tienes, si no, á nuestro amigo Larroca. Sus relaciones con la Marquesa son bien conocidas, y sin embargo, nadie lo censura...
- FERN. Pues á pesar de todo, no comprendo como dejas que Valentina se trate con su madri-drina la Marquesa...
- GONZ. No soy yo sólo. La Marquesa bien sabes que es recibida, con gusto, en todos los salones.
- FERN. Sí, pero Arturo, quizás no encuentre con quién casarse.
- GONZ. Sin duda alguna, puesto que sus relaciones con Julia están consideradas casi como un matrimonio.
- FERN. Mira, papá, digas lo que quieras la conducta de esa mujer no es disculpable. Se casó con su tío siendo un viejo, por interés.
- GONZ. No es cierto; se casó con él por razones de familia y además, el Marqués no es un tipo despreciable ni mucho menos.
- FERN. ¿A que va á resultar que es un Adonis? Vamos, papá, no exageres. Te confieso que me revienta ese carcamal ridículo que detesta la igualdad y que se burla del liberalismo. Cuando pienso en esto, me alegro de que la Marquesa, al separarse de él, le haya sacado una pensión de seis mil duros.

### ESCENA III

DICHOS, UN CRIADO y después EL MARQUÉS DE NOGALES

- CRIADO (Por el fondo.) El señor Marqués de Nogales desea ver al señor.
- GONZ. Que pase en seguida. (Mutis.) Me extraña que venga, habiéndole anunciado yo mi visita.
- MARQ. (Por el fondo, después de dejar en la chimenea el bas-

- GONZ. (Dándole la mano.) Felices, señor González. (El mismo juego.)  
Pero señor Marqués, ¿por qué se ha tomado usted la molestia de venir?
- MARQ. No es molestia. Al salir esta mañana de casa me entregaron su carta anunciándome su visita: precisamente he venido á resolver un asunto aquí cerca, y al pasar, he dicho: subamos y con eso le evito un paseo al amigo González.
- GONZ. Muchísimas gracias...
- FERN. (Dándole la mano.) He tenido un verdadero placer en verle, y como ustedes tendrán que hablar, me retiro con su permiso.
- MARQ. Adiós, pollo, hasta otro ratito. (Mutis Fernando izquierda.)

#### ESCENA IV

GONZÁLEZ y MARQUÉS

- MARQ. (Por Fernando.) Ese chico ya le va haciendo á usted viejo.
- GONZ. Es verdad... Pues le he escrito á usted para decirle...
- MARQ. ¿Y á qué piensa usted dedicarle?
- GONZ. Al matrimonio. Quiero casarle en seguida.
- MARQ. ¿Pero él no tiene más vocación que esa?
- GONZ. Su aspiración es un poquito original. Desea embarcar para América y entrar de dependiente en el comercio de su tío; pero como usted puede figurarse, yo no voy á consentir que mi hijo se exponga á perder la vida en un naufragio ó víctima de la fiebre amarilla.
- MARQ. (Con ironía.) Comprendo, amigo González, que no quiera usted que se extinga su *ilustre* apellido.
- GONZ. Pues como decía, deseaba celebrar una entrevista con usted, porque me ha encargado la Marquesa, su esposa...
- MARQ. Mi sobrina, querrá usted decir.

- GONZ. Bien, su sobrina, como usted guste. Me ha encargado una misión delicada.
- MARQ. Usted dirá.
- GONZ. En muy pocas palabras voy á explicarle el asunto. Su esposa, inducida por el banquero Estévez, adquirió cien acciones de una sociedad minera recientemente constituida. Cuando vino á consultarme, la aconsejé que no se metiera en ese negocio. No me hizo caso y ha resultado luego lo que yo sospechaba, que la sociedad esa era una red tendida á los incautos, entre los cuales desgraciadamente figura la Marquesa. La infeliz se ha quedado sin un céntimo.
- MARQ. Bien; y, ¿cuánto ha perdido?
- GONZ. Veinte mil duros.
- MARQ. Mucho dinero es.
- GONZ. Advierto á usted que no quiere que se los regale. Pretende sólo que se los adelante á descontar de la mitad de la pensión que usted la tiene asignada.
- MARQ. Pues bien, señor González, mi opinión es que estos asuntos de familia se resuelven mejor directamente, que con intermediarios. Además, supongo que la Marquesa no se negará á recibirme. Si como esposo puede echarme en cara alguna falta grave, como tío no tendrá queja de mí. Dígame usted. ¿Y cómo no figura ella en la lista de accionistas que han demandado criminalmente por estafa á Estévez?
- GONZ. Porque no ha querido que apareciera el apellido de usted en ese proceso.
- MARQ. Ha hecho bien, y, sobre todo, hubiera sido gana de perder el tiempo. Estévez es demasiado listo para dejarse coger los dedos con la puerta.
- GONZ. ¡Ah! ¿Le conoce usted?
- MARQ. Sí, de verle en los círculos bursátiles que yo frecuento algunas veces.
- GONZ. Pues ya no volverá usted á verle en esos sitios.
- MARQ. ¿Por qué razón, si le han absuelto?
- GONZ. Vamos, eso es que no ha leído usted los con-

siderandos de la sentencia. Le han inutilizado para siempre. Escuche usted, escuche usted. (Saca del cajón un papel y lee.) «Considerando que las maniobras del señor Estévanez no constituyen un delito previsto por la ley...» (Hablado.) Esto es; queda el convencimiento moral de la estafa.

MARQ. Bueno; pero desde el momento en que la ley no le condena, ¿qué tiene usted que decir de él?... Usted será el primero en darle la mano.

GONZ. ¿Yo?

MARQ. Hombre, se la damos todos los días á gentes que valen tanto como Estévanez...

GONZ. ¿Yo? ¡Jamás!

MARQ. Pues yo soy entonces menos puritano que usted. Venga esa mano. (Las estrechan.) Y conste que no es usted consecuente. En cambio se honra con la amistad de Valdivia que es un pillo aristócrata.

GONZ. Bien; pero no me negará usted que es hombre honrado.

MARQ. ¿Le saludaría usted si fuera pobre?

GONZ. Si fuera pobre no le conocería.

MARQ. Luego resulta que usted no es amigo de los hombres, sino de la posición que ocupan, y que saluda únicamente al dinero...

GONZ. Vamos, señor Marqués, cuando usted no quiere ver las cosas claras...

CRIADO (En la puerta del fondo.) El señor Estévanez pregunta si el señor puede recibirle...

GONZ. No.

MARQ. ¿Teme usted verse obligado á darle la mano delante de mí?

GONZ. (Turbado.) Dile que pase...

## ESCENA V

DICHOS y ESTÉVANEZ por el fondo

EST. (Con humildad.) Perdonen ustedes que...

GONZ. (Interrumpiéndole con séquedad.) Si desea usted hablarme, lo siento mucho, pero ahora me

es imposible, porque el señor marqués y yo estamos tratando un asunto...

EST. Está bien; volveré luego.

MARQ. De ningún modo; nosotros hemos terminado ya. Pueden ustedes hablar lo que gusten, que yo me retiro. (Haciendo ademán de coger el sombrero.)

EST. Le suplico que no se marche por mí. El objeto de mi visita no es reservado.

MARQ. (Dejando el sombrero.) En ese caso...

GONZ. Bien; usted dirá lo que desea, porque tengo prisa.

EST. Muy poca cosa. Estoy realizando mi fortuna, tengo fondos míos en su casa y vengo á rogarle...

GONZ. Voy á dar orden de que arreglen su liquidación inmediatamente... Señor Marqués, hasta ahora. (Mutis izquierda.)

## ESCENA VI

EL MARQUÉS y ESTÉVANEZ

MARQ. (Siguiendo con la vista á González.) ¡Le darás la mano! ¡Ya lo creo que se la darás! (A Estévanez que se distrae mirando los cuadros.) ¿Me parece que ya no se acuerda usted de mí?

EST. Perdón, señor Marqués; creí que usted era uno de los que no debo acordarme en mi desgracia.

MARQ. ¿Por qué? ¿Por la causa que le han seguido? No será tan grave la cosa cuando le han absuelto.

EST. ¡Sí; pero no todos piensan igual, señor Marqués!

MARQ. Además, el recibimiento grosero que le ha hecho ese hombre, me ha predispuesto en favor de usted.

EST. Yo le juro que mi quiebra ha sido una de tantas fatalidades; pero no un acto de mala fe...

MARQ. El caso es que ha dado usted el salto mortal hábilmente. Podía haberse roto la cris-

ma y sólo se ha torcido un pie, con lo cual prueba usted que es un gran acróbata...

EST. (Con azoramiento) Señor Marqués...

MARQ. Nada, nada; fuera comedias. La situación de usted no es del todo envidiable, y yo quisiera poder darle un consejo. Vamos á ver... ¿Qué capital posee usted?...

EST. Dos millones de pesetas.

MARQ. ¿Dos millones de pesetas?... Entonces es usted el hombre más honrado del mundo. ¿Y qué piensa hacer?

EST. Irme á América.

MARQ. ¡Qué disparate!

EST. Ya ha visto usted cómo me ha recibido ese hombre. Pues igual me sucede en todas partes hace ocho días.

MARQ. No me extraña; se presenta usted con demasiada humildad. ¡Mucha altivez y mucho orgullo, señor Estévanez! ¡La desvergüenza es lo único que la sociedad considera respetable!

EST. En mi situación, comprenderá usted que no es posible.

MARQ. Piensa usted como una criatura; en fin, escuche un consejo y haga de él el caso que quiera. No espere á las gentes, porque nadie se acercará á usted; no les pida tampoco auxilio porque le volverán la espalda. ¡Pase usted por encima de ellos tendiéndoles una mano de compasión y todos los que hoy le desprecian la tomarán agradecidos!

EST. ¿De verdad?

MARQ. González el primero.

EST. Pero...

MARQ. Todo se olvida en este mundo. Ahí tiene usted si no á González.

EST. ¿Qué quiere usted decir con eso?

MARQ. ¡Toma!... pues que hace veinte años tuvo un proceso igual al de usted. ¿Quién se acuerda ya de semejante cosa? Nadie, ni él mismo. Y hoy es banquero, concejal, y ya verá usted como consigue la senaduría.

EST. (Dándole la mano.) Señor Marqués, muchas gracias. El camino que González ha tarda-

do veinte años en recorrer, lo recorreré yo en veinte días.

MARQ.

¿Cómo?

EST.

Ayer me ofrecieron la compra de *La Conciencia Pública* y la rehusé, porque me consideraba deshonrado y perdido; pero aún es tiempo. Compraré ese periódico y entonces todo cambiará!

MARQ.

Es una gran idea. ¿Piensa usted vengarse?

EST.

¡Bah! La venganza es una niñería del vencido. Pienso en ser vencedor. ¡Con mi fortuna seré el dueño de una fuerza mayor que la de González; de la opinión, y entonces reuniré en mí mismo los dos poderes más grandes; el dinero y la prensa.

MAR.

¡Demonio! ¡Y yo era quien le daba consejos! La paloma se ha convertido en gavilán.

EST.

Gracias á usted que me ha afilado las garras.

## ESCENA VII

LOS MISMOS. GONZÁLEZ izquierda

GONZ

(A Estévanez.) Su liquidación está arreglada y puede pasar á la Caja cuando guste.

EST.

Gracias.

GONZ.

¡Oh! ¿Aun está usted aquí, señor Marqués? ¡Cuánto me alegro!

MARQ.

Sí; me he entretenido haciéndole la corte al señor Estévanez.

GONZ.

¿La corte?

MARQ.

¡Pues no faltaba más!... Ahí donde usted le ve, va á ser una gran potencia dentro de poco.

EST.

El señor Marqués es muy amable, pero verdaderamente si en algo puedo serle útil, tendré mucho gusto...

GONZ.

Pero señor, ¿qué significa todo esto?

MARQ.

Muy sencillo; que aquí tiene usted al nuevo propietario de *La conciencia pública*.

GONZ.

¿Usted?



- EST. Así es, en efecto, y no creo que tenga nada de particular.
- GONZ. (Sin saber qué decir.) No, no; pero vamos... ¡Caracoles! Este es ya un pájaro de cuidado!
- MARQ. Ea, pues adiós, señores. Me he retrasado una hora, pero no he perdido el tiempo. (Habiendo visto el reloj momentos antes.) (Estos dos tuantes me han hecho pasar un buen rato.) (Vase foro.)

## ESCENA VIII

ESTÉVANEZ, GONZÁLEZ

- EST. Señor González, me han calumniado mucho en estos últimos tiempos; pero sé que usted me ha defendido y se lo agradezco.
- GONZ. He tenido pocas ocasiones de defenderle, pero, en fin, siempre lo he hecho de corazón. Para mí, los amigos son indiscutibles.
- EST. Mil gracias. (Le da la mano. González se la estrecha mirando alrededor por si alguno le ve.)
- GONZ. Yo siempre he hablado de usted con el elogio que se merece y precisamente cuando ha venido el Marqués acababa de preguntarme por usted, y yo aproveché la ocasión para recordar las infinitas y buenas cualidades que le adornan.
- EST. Puesle repito mi agradecimiento. Adiós; voy á la Caja.
- GONZ. ¿Cómo es posible? De ninguna manera. No puedo consentirlo. Dentro de media hora tendrá usted el dinero en casa.
- EST. No; lo tomaré yo mismo, porque voy á hacer uso de él en seguida...
- GONZ. ¡Ah! Eso es otra cosa. (Estévanez va á salir en el momento que aparecen por el foro el Vizconde y la Vizcondesa.)

## ESCENA IX

DICHOS. VIZCONDE, VIZCONDESA

- GONZ. (Al ver los recién llegados dándoles la mano) ¡Cuánto bueno por aquí!
- EST. Señor Vizconde... señora Vizcondesa... siento tener que salir, pero los negocios me reclaman.
- GONZ. ¿Y á qué debo la honra de tan agradable visita?
- VIZC. Venimos á invitarle al baile que damos mañana.
- GONZ. ¡Cuánta amabilidad!
- VIZC.<sup>a</sup> No; no nos lo agradezca usted. Queremos que asistan el bribonzuelo de Fernando y especialmente su encantadora hija Valentina.
- EST. Ea, pues adiós, amigo González. (Le da la mano que González estrecha después de hacerse el distraído un momento.) Adiós, señor Vizconde. (Dándole la mano también.) A los pies de usted, Vizcondesa. (Esta le vuelve la espalda sin darle la mano y al mutis y con resignación dice: (Está bien, ya me las pagarás.) (Mutis foro.)
- VIZC.<sup>a</sup> (Al Vizconde.) ¿Pero tú le das la mano á ese hombre?
- VIZC. Mujer, como veo que el señor González no tiene reparo en dársela...
- VIZC.<sup>a</sup> ¡Qué hombres tan débiles!
- GONZ. Señora, todo delincuente merece misericordia.
- VIZC.<sup>a</sup> Pues no soy tan compasiva...
- GONZ. Bueno; pero es que no se trata de un hombre cuya amistad pueda deshonorarnos. No es un ladrón...
- VIZC.<sup>a</sup> Ni *Candelas* tampoco...
- GONZ. Después de todo, si es algo dudoso el origen de su fortuna, la verdad es que no la emplea mal. Ahora acaba de adquirir *La Conciencia Pública*.
- VIZC. ¿El periódico? (¡Canastos!... Pues no conviene ponerse á mal con ese hombre.)
- VIZC.<sup>a</sup> ¡Lástima de periódico!

## ESCENA X

LOS MISMOS. ARTURO LARROCA

LAR. (Dándose las manos.) Muy buenas tardes...  
GONZ. ¡Tanto gusto! ¿Viene usted por mí ó por mi hijo?

LAR. Hoy vengo por Fernando.

VIZC.<sup>a</sup> Señor Larroca; me figuro que sabrá usted la gran noticia...

LAR. No señora; precisamente acabo de encontrar á un reporter que iba disgustadísimo á su periódico porque según él, las noticias que llevaba no valían dos cuartos.

VIZC. (Con intención.) Me extraña, porque rara es la noticia que no les vale algo.

LAR. Usted siempre tan mordaz, señor Vizconde. Bueno, y á todo esto, no me han dicho ustedes la gran noticia.

VIZC.<sup>a</sup> Pues la venta de su periódico.

LAR. ¡Ah! ¿Por fin ha brotado un comprador? No sabía nada. ¿Y quién es mi nuevo jefe?

GONZ. Estévanez.

LAR. ¿Estévanez?...

VIZC.<sup>a</sup> ¿Qué dice usted á eso?

LAR. Pues digo que el actual propietario ha hecho trizas la honrada historia del periódico con ese funestísimo traspaso. ¡Vamos, vender *La Conciencia* á un hombre que no la tuvo nunca!...

GONZ. Por eso precisamente la compra Estévanez.

VIZC.<sup>a</sup> Y al fin y al cabo, ¿qué le importa á usted ese cambio de propiedad? El periódico seguirá vendiéndose lo mismo.

LAR. Perdone usted, Vizcondesa; ahora será cuando se venda. Hasta hoy se compraba.

VIZC.<sup>a</sup> Bien; hablemos de otra cosa, porque esta conversación no parece muy de su agrado. ¿Ha recibido usted la invitación para el baile?

LAR. Sí, y por ella les doy mil gracias.

VIZC.<sup>a</sup> (Al Vizconde.) Bueno; ustedes tendrán que hablar, y á nosotros se nos va haciendo tarde.

- LAR. No; por nosotros, no...  
VIZC.<sup>a</sup> Es verdad; aun tenemos que hacer seis ó siete visitas. Conque, adiós, señor González. (Dándoles la mano.) Señor Larroca...  
GONZ. Hasta después, Vizcondesa. Adiós, Vizconde.  
LAR. Abriguense ustedes al salir, que hace frío. (Mutis foro.)

## ESCENA XI

GONZÁLEZ, LARROCA y CRIADO

- GONZ. (Toca timbre y sale Criado.) Al señorito, que venga. Amigo Larroca, me parece que ha estado usted un poquito indiscreto al hablar de Estévanez.  
LAR. He sido franco.  
GONZ. Sí, pero debe usted tener en cuenta que mañana quizás puede encontrarse á sus órdenes.  
LAR. Señor González, yo no pongo mi pluma al servicio de nadie; pongo el periódico al servicio de mis ideas. El día en que Estévanez quiera llevar *La Conciencia Pública* á la deshonra, buscaré hospitalidad en otro periódico.  
GONZ. Bien; pero hasta que eso suceda, han de vivir ustedes en contacto.  
LAR. Está usted en un error. Yo sabré mantenerle á distancia.

## ESCENA XII

LOS MISMOS. FERNANDO, izquierda

- FERN. (A Larroca.) Adiós, querido... (A su padre.) Papá, el cajero desea hablar contigo.  
GONZ. Con permiso de usted. (Mutis izquierda)  
FERN. (A media voz.) ¿Qué hay?

LAR. Pues nada; vengo ahora mismo de ver al señor Laguna, y ha declarado que al hablar de los banqueros no quiso hacer la menor alusión á tu padre, al que profesa el mayor respeto, y dice que así lo repetirá esta tarde en la Bolsa delante de testigos.

FERN. Me alegro. La reputación de un hombre honrado se asemeja á la de una mujer virtuosa; batiéndose uno por ella se la pone en peligro.

LAR. Aparte de esta cuestión, cuyo feliz resultado celebro, insisto en que me tienes siempre á tu disposición.

FERN. Ya sé que eres un buen amigo mío, y la prueba de que te correspondo con una gran estimación, es que siento deseos de decirte...

LAR. ¿Qué?

FERN. Se trata de un proyecto que acaricio íntimamente. Vamos á ver, Arturo. ¿Qué te parece mi hermana? ¿Te pones colorado? Eso quiere decir que pronto podré llamarte mi hermano.

LAR. Querido Fernando, con el alma te agradezco esa felicidad que me ofreces, pero... me es imposible aceptarla.

FERN. No adivino...

LAR. Amo á tu hermana, no lo niego, y por lo mismo sentía necesidad de esta explicación, pues no veía la manera de abandonar esta casa para siempre sin causar un desaire á tu amistad.

FERN. Maldito si te comprendo...

LAR. Pues te lo diré con toda claridad. Debo olvidar á tu hermana porque no soy libre.

FERN. Bien; pero desde el momento en que amas á Valentina, es que has terminado con la Marquesa, y siendo así, no creo que haya obstáculo...

LAR. Estás en un error; el lazo que nos une no puede romperse. La Marquesa no era libre cuando la conocí, y yo debo sacrificarme por ella.

FERN. ¿Cómo?

LAR. Después de la expansión fraternal que has

tenido conmigo, estoy obligado á confesar-telo todo. Mi intimidad con la Marquesa, ha sido precisamente la causa de su divorcio.

FERN. ¿Qué me dices?

LAR. El Marqués tenía sospechas hace tiempo; la vigiló, y pronto tuvo pruebas...

FERN. ¿Y no te pegó un tiro ese cobarde?

LAR. Hizo más. Se presentó en mi casa una tarde pálido y tembloroso de ira. Caballero,—me dijo:—Usted es el amante de mi sobrina, no lo niegue. No puedo matarle sin deshonar el noble apellido de los Guevaras que ostento orgulloso. Eso le salva la vida. Salga usted de España y viaje durante tres meses.—Entonces fué cuando marché á Londres. Al regresar á Madrid, la Marquesa estaba separada de su marido. El Marqués se había hecho sorprender ante testigos en casa de una bailarina, y el divorcio quedó entablado por ella á los pocos días.

FERN. ¡Hola, hola! Eso hace que me sea ya más simpático ese viejecillo.

LAR. Sí, pero tú comprenderás que el mundo, al amnistiarnos, ha dejado entre nosotros un lazo más indisoluble que el matrimonio mismo. El día en que se rompiera, y nuestros amores se trocaran en una aventura vulgar, todo el escándalo suspendido sobre la cabeza de Julia, vendriase abajo y la aplastaría. Ahora tú me dirás si debo abandonarla.

FERN. De ningún modo.

LAR. Pues no hablemos más de esto. Yo no volveré á pisar esta casa. Vé tú á la mía. (se abre la puerta izquierda y aparece Valentina.) ¡Valentina! ¡Adiós!... (saluda fríamente á Valentina que aún se halla en la puerta, y desaparece por el fondo.)

## ESCENA XIII

FERNANDO y VALENTINA

VAL. (Con ansiedad.) ¿Qué hay?... ¡Habla! ¡Dimelo pronto!...

FERN. (Vaya, cautericemos la herida.) Hija, yo era quien tenía razón; no piensa en tí... Ama á otra...

VAL. ¿A quién, Fernando?...

FERN. No ha dicho su nombre. Sólo sé que es una joven de la aristocracia, con la que no puede casarse. (Valentina se sienta llorando silenciosamente. Abrazándola por detrás.) Vamos, pobrecita mía, no llores; ten resignación y espera... Los ángeles como tú, tardan poco en encontrar pasiones que alegren su vida. (Valentina le da un beso y vase llorando por el fondo. Fernando la sigue con la vista, y cuando aquella ha hecho mutis, exclama:) Si él no puede abandonar á la Marquesa, yo haré que la Marquesa le abandone á él... (Toma el sombrero, hace mutis, y)

TELÓN







# ACTO SEGUNDO

---

Gabinete elegantísimo de la Marquesa. Esta aparece sentada bordando. Arturo entra en seguida que se alza el telón y deja el sombrero en una de las sillas del foro.

## ESCENA PRIMERA

LA MARQUESA y ARTURO LARROCA

- MARQ.<sup>a</sup> (Ocultando lo que borda.) Buenos días, Arturo.  
LAR. (Fijándose en la maniobra.) ¡Hola! ¿Qué es eso que ocultas?...
- MARQ.<sup>a</sup> (Con mimosa coquetería.) ¿Y á usted qué le importa? Es usted demasiado curioso.  
LAR. Julia, enséñame lo que has escondido.  
MARQ.<sup>a</sup> (Mostrándolo.) Aún no está terminado, pero míralo...
- LAR. (Examinándolo.) Muy bonito. ¿Y para quién es esto?...
- MARQ.<sup>a</sup> Adivínalo tú.  
LAR. ¡Mis iniciales bordadas!... Bien claro está, que esa preciosa papelera es para mí. Pero oye, ¿cómo has tenido paciencia para dar tantos puntitos?
- MARQ.<sup>a</sup> Trabajo cuando te marchas y me distraigo así. Ya ves, empecé hace ocho días y ya estoy terminándola. ¿Y tú, has trabajado mucho?...

- LAR. En este momento he concluído un artículo que sabe Dios donde se publicará.
- MARQ.<sup>a</sup> Toma, pues en *La Conciencia Pública*.
- LAR. El periódico ha cambiado de empresa y creo que voy á ser incompatible con el nuevo propietario.
- MARQ.<sup>a</sup> ¿Quién es?...
- LAR. El banquero Estévanez...
- MARQ.<sup>a</sup> ¡Valiente bribón! Y qué, ¿piensas dimitir?
- LAR. Probablemente.
- MARQ.<sup>a</sup> Sí; pero no importa, porque supongo que no ha de faltarte un buen periódico...
- LAR. Así lo creo.
- MARQ.<sup>a</sup> Pues hablando de otra cosa. Tengo que pedirte un gran favor...
- LAR. Tú dirás.
- MARQ.<sup>a</sup> Necesito que me acompañes al Real esta noche.
- LAR. (En broma.) ¿Y ese es el favor tremendo?...
- MARQ.<sup>a</sup> Quiero que todo el mundo te vea en el palco conmigo.
- LAR. ¿Y á qué vienen esos deseos tan repentinos?...
- MARQ.<sup>a</sup> Mira, Arturo, hace tiempo que no me acompañas á ninguna parte. Las mujeres empiezan á comentar tu frialdad para conmigo, y me compadecen...
- LAR. ¡Por Dios, Julia!
- MARQ.<sup>b</sup> Sí, hijo mío; y no es eso lo peor, sino que los hombres se van atreviendo á hacerme el amor, porque suponen que ya no te importo.
- LAR. Pues ya sabes, Julita, que los celos están muy lejos de mí.
- MARQ.<sup>a</sup> (Con ironía.) Sí; ya observo que sin notarlo vas pareciéndote mucho á mi marido.
- LAR. ¿Y qué? ¿Nuestra situación no es casi un matrimonio?
- MARQ.<sup>a</sup> En efecto, un matrimonio, del que tú no llevas las cargas, ni yo disfruto los privilegios. He perdido hasta el derecho de escuchar á los hombres una galantería, porque con mi actitud, debo probar que si te hubiera encontrado siendo yo libre, hoy sería

tu esposa, no tu amante. ¿Qué será de mí el día en que me abandones?...

LAR. Julia, no sé por qué has de hablar de lo que no ha sucedido.

MARQ<sup>a</sup> Porque estamos en camino de que suceda.

LAR. Vamos, calla y no digas tonterías. Lo que tanto temes no se realizará jamás, al menos por mi parte, te lo juro...

MARQ<sup>a</sup> Dices bien; soy una tonta. Bueno; ¿me acompañarás al teatro, verdad?

LAR. Eso no debes preguntármelo siquiera. (Buscando algo con la vista.)

MARQ<sup>a</sup> ¿Qué buscas?...

LAR. Mi sombrero...

MARQ<sup>a</sup> ¿Ya te vas?...

LAR. Sí, pero en seguida vuelvo.

MARQ<sup>a</sup> (Señalando al sombrero.) Ahí; ahí le has dejado cuando viniste, hace diez minutos.

LAR. No seas así conmigo, Julia. Te dejo ahora cinco segundos para no separarme de tí en toda la noche; adiós. (Mutis derecha.)

## ESCENA II

La MARQUESA. Después DONCELLA

MARQ<sup>a</sup> Bien lo estoy purgando todo. Mi falta se ha convertido en un deber. Mi fidelidad á Arturo es lo único que me queda de honra.

DONC. ¿Quiere recibir la señora Marquesa?...

MARQ<sup>a</sup> ¿Quién es?...

DONC. Don Fernando González Sierra.

MARQ<sup>a</sup> Dile que no estoy. (Llamándola.) ¡Carmen!

DONC. Señora ..

MARQ<sup>a</sup> Dile que espere y ven á ponerme un vestido. (Mutis izquierda.)

DONC. (Desde la puerta.) Tenga usted la bondad de pasar. La señora le ruega que aguarde un momento. (Mutis.)

## ESCENA III

FERNANDO, solo

(Entrando.) Esperaré; mi plan es un poco atrevido; pero, en fin, si me echan á la calle tendré paciencia... (Se acerca al velador.) ¡Hombre! ¿Libros? Dime lo que lees y te diré quién eres. (Leyendo.) *Fisiología del matrimonio. El divorcio. La esposa mártir.* (Deja los libros.) Ya sé á qué atenerme. El mayor empeño de las mujeres de conducta dudosa—decía un viejo amigo mío—consiste en que se las trate con más respeto que á las niñas inocentes, y en cambio las niñas virtuosas desean á veces que se las trate como si no lo fueran. El mismo espíritu de curiosidad en unas y en otras; siempre el pecado de Eva en sentido inverso. La colegiala soñando con irreverencias, mientras la mujer fogueada busca atenciones que no merece...—Y el pobre viejo añadía:—No hay más que dos categorías de mujeres; las madres, que son la casta santa única é indivisible... y las demás, que todas son iguales. Respecto á las mujeres que tienen una sola caída, son tan raras, como el *Niágara*; casi todas caen en cascada, de curiosidad en curiosidad, de pasión en pasión, dejándose arrastrar por el capricho. ¡Filósofo amable, moralista indulgente! ¡Pobre señor! ¡Ya ha muerto! (Aparece la Marquesa.) ¡Caracoles, qué hermosa está!

## ESCENA IV

FERNANDO y la MARQUESA

MARQ<sup>a</sup> Perdóneme usted, Fernando, que le haya hecho esperar. Estaba en traje de mañana, y usted no es un hombre al que se pueda recibir con tanta confianza.

- FERN. ¿Por qué, Marquesa?  
MARQ.<sup>a</sup> Porque hay otras mujeres que le reciben á usted de cualquier modo.
- FERN. ¿Otras mujeres?  
MARQ.<sup>a</sup> Sí, y esas comparaciones perjudican.  
FERN. Si no lo supiera usted tan bien como yo, la diría que usted vence en esas comparaciones
- MARQ.<sup>a</sup> Es usted muy galante... (Fernando saca el pañuelo.) ¡Hola, qué perfumado viene usted!... ¿Y Valentina? ¿Es de su tocador ese perfume?  
FERN. ¡Qué cosas tiene usted, Marquesa!  
MARQ.<sup>a</sup> Perdone usted, Fernando, tiene usted razón. Esos aromas son demasiado voluptuosos...  
FERN. Pues si tanto le agrada esta esencia, tendré mucho gusto en enviarle un frasco.  
MARQ.<sup>a</sup> No; deme usted las señas de su perfumista...  
FERN. Hace usted mal, Marquesa, poniéndome en la alternativa de darle una respuesta inconveniente ó de engañarla. pero conmigo no hay ese riesgo. Soy como las anguilas, cuando me van á coger, me escapo... Así dice mi perfumista.
- MARQ.<sup>a</sup> Bien guarda usted su incógnito.  
FERN. ¿Quiere usted saber su nombre?  
MARQ.<sup>a</sup> Deseaba que se le escapase á usted.  
FERN. Pues se me escapa... Enriqueta Romero...  
MARQ.<sup>a</sup> ¿Es bonita esa muchacha?  
FERN. Así, así; pero muy graciosa y con unas manos divinas... Yo no sé dónde ha ido á buscarlas...
- MARQ.<sup>a</sup> (Jugando coquetamente con el abanico.) ¿Da usted mucho valor á las manos bonitas?  
FERN. Mucho. Las de usted son inapreciables.  
MARQ.<sup>a</sup> No se las enseñaba á usted.  
FERN. Perdón... había creído...  
MARQ.<sup>a</sup> Es usted un poquito impertinente.  
FERN. Muchas gracias.  
MARQ.<sup>a</sup> Y además, procura usted hacerse peor de lo que es...  
FERN. Sí; valdría más, si hubiera caído en mejores manos.  
MARQ.<sup>a</sup> ¿En mejores manos? Pronto se contradice usted...

- FERN. Ya sabe usted lo que quiero decirle...
- MARQ.<sup>a</sup> Sí; pero es que el giro de la conversación no me agrada.—¿Ha visto usted hace mucho á su amigo Larroca?
- FERN. Hoy mismo. (He ido demasiado deprisa.)
- DONC. El señor Estévanez pide permiso para pasar.
- MARQ.<sup>a</sup> Bien, que pase...
- FERN. ¿Estévanez? Encierre usted la plata en el aparador, por si acaso.

## ESCENA V

LOS MISMOS, ESTÉVANEZ. La Marquesa sentada

- EST. (Avanzando.) Señora Marquesa, perdone usted que la interrumpa...
- MARQ.<sup>a</sup> (Con sequedad.) ¿Viene usted á hablarme de negocios?
- EST. Sí, señora.
- MARQ.<sup>a</sup> Entonces tenga usted la bondad de sentarse... (Se sienta.)
- FERN. Adiós, señora.
- MARQ.<sup>a</sup> ¿Tanta prisa tiene usted? Dígale á Valentina que venga con más frecuencia.
- FERN. Sí, ya vendremos más á menudo.
- MARQ.<sup>a</sup> No; ella...
- FERN. Está bien. A los pies de usted.
- MARQ.<sup>a</sup> Adiós, Fernando. (Saluda Fernando á Estévanez y vase.)
- FERN. (Al mutis, dice:) (Mi plan ha fracasado hoy; pero digo lo que *El hombre de mundo*. Volveré dentro de un año.) (Mutis.)

## ESCENA VI

MARQUESA y ESTÉVANEZ

- MARQ.<sup>a</sup> Usted dirá, señor Estévanez.
- EST. Seré breve. Usted ha perdido veinte mil duros por el fracaso de la Sociedad minera.

- MARQ.<sup>a</sup> Así ha sido desgraciadamente, y desearía que no me hablará de tal cosa.
- EST. Es preciso, Marquesa; vengo á hacerla una restitución. Usted arriesgó ese dinero por mi culpa. Bueno, pues no ha perdido usted nada. Aquí está. (Saca un sobre y se lo entrega.)
- MARQ.<sup>a</sup> ¡Caballero! ¿Qué significa esto?
- EST. No debe extrañarla. He sido calumniado, Marquesa. Cuando me disponía á dar una prueba palpable y desinteresada á todos mis acreedores, me envolvieron en un proceso criminal. Ante una acusación de estafa, la restitución era imposible. Hubiera sido condenarme yo mismo. Usted sola no se unió á mis enemigos... usted sola creyó en mi buena fe y yo vengo á demostrarla que no ha padecido error alguno. ¿Se sonríe usted? ¿Duda de mi agradecimiento? Está bien; ya se lo probaré muy pronto.
- MARQ.<sup>a</sup> ¿De qué manera?
- EST. Poniendo mi periódico á disposición de Larroca.
- MARQ.<sup>a</sup> (Enojada.) Ante respuesta tan atrevida no hay más que dos caminos... ó echarle á usted de aquí ó agradecer lo que ha dicho. Yo se lo agradezco. (Le da la mano.)
- EST. Este apretón de manos es un tratado de paz. Perdone usted, Marquesa... Y ahora debo decirle que mi visita tiene un doble objeto
- MARQ.<sup>a</sup> Explíquese usted.
- EST. Es una historia. Estoy ciegamente enamorado.
- MARQ.<sup>a</sup> ¿Y es usted correspondido?
- EST. No; la mujer á quien amo no lo sabe aún.
- MARQ.<sup>a</sup> ¡Qué cosa más rara!
- EST. La conocí en un palco del teatro Real; pregunté quien era y supe que es hija de un acaudalado banquero.
- MARQ.<sup>a</sup> ¿De un banquero?
- EST. De González y Gómez.
- MARQ.<sup>a</sup> ¡Ah!
- EST. Sí, señora. Amo á su ahijada y si usted fuera tan bondadosa que se interesara...
- MARQ.<sup>a</sup> Bien, bien. Ya veremos... Comprenderá us-

ted que la revelación me sorprende y que antes de contestar categóricamente debo pensarlo.

EST. (No le ha hecho mal efecto la noticia.)  
MARQ.<sup>a</sup> ¡Hombre, qué casualidad! Aquí viene.

## ESCENA VII

DICHOS y VALENTINA derecha

MARQ.<sup>a</sup> ¡Gracias á Dios! Me tienes muy disgustada, briboncilla...

VAL. (Besándola.) No ha sido culpa mía. Mademoiselle ha estado enferma, y como no tengo nadie que me acompañe más que ella, no he podido salir.

MARQ.<sup>a</sup> ¿Se ha marchado, ó te espera?

VAL. Ahí fuera me aguarda, madrina querida.

EST. ¡Qué bonita es!...

MARQ.<sup>a</sup> Caballero, dispense usted, pero esta señorita y yo tenemos que hablar reservadamente.

EST. (En voz baja.) (Comprendido... Volveré luego.)  
A los pies de usted, Marquesa... (Saluda con la cabeza á Valentina y al mutis dice:) (Me cuesta veinte mil duros, pero los vale.) (Mutis derecha.)

## ESCENA VIII

MARQUESA y VALENTINA sentadas

VAL. ¿Quién es ese caballero?...

MARQ.<sup>a</sup> Un hombre del que habrás oído decir pestes. El banquero Estévanez.

VAL. ¡Ah, sí! Fernando y papá han tenido hoy una acalorada discusión durante el almuerzo. Mi hermano afirmaba que es un bribón, y papá le defendía.

MARQ.<sup>a</sup> Tu padre tiene razón... Fernando habla de memoria como hablaba yo antes de conocerle. Ahora que le trato, me parece un hombre de bien.

VAL. ¡Pero madrina, si ha cometido estafas!



- MARQ<sup>a</sup> Si tú supieras por qué ha quebrado, le excusarías... No creas que se lanzó á negocios oscuros por hacer fortuna, sino por aproximarse á una joven á quien ama.
- VAL. ¡Pues vaya una prueba de amor!
- MARQ<sup>a</sup> ¿Quién sabe? Puede que lo sea.
- VAL. No me alegraría yo de ser el objeto de su pasión.
- MARQ<sup>a</sup> Pues alégrate, porque eres tú la que él ama.
- VAL. ¿A mí? ¡Pero si hoy es la primera vez que le he visto!
- MARQ<sup>a</sup> El te ha visto otras veces.
- VAL. ¿Dónde?
- MARQ<sup>a</sup> En un palco del Real.
- VAL. Pues que le aproveche.
- MARQ<sup>a</sup> ¡Ah! ¿Le desdeñas?...
- VAL. Sí, madrina; me es antipático sin tratarle.
- MARQ<sup>a</sup> ¿Acaso amas á otro hombre?
- VAL. (Turbada.) No; te aseguro que no...
- MARQ<sup>a</sup> No es preciso turbarse por tan poco... Vamos á ver; escúchame. Yo soy tu madrina, no tienes madre, te quiero igual que si fueras mi hija... ¿A quién puedes confiar un secreto mejor que á mí?
- VAL. Mira, cambiemos de conversación, te lo suplico.
- MARQ<sup>a</sup> ¿Que misterio es este? ¿Se trata quizás de un hombre imposible para tí?
- VAL. Sí, madrina, imposible. El hombre á quien yo amo no piensa en mí.
- MARQ<sup>a</sup> ¿Qué no se ha enamorado de tu belleza angelical? ¡Imposible! Te engañas. Si no te ama, te amará; créelo.
- VAL. Eso creí yo; y atribuyendo su silencio á timidez, porque es pobre, rogué á Fernando que explorara su ánimo.
- MARQ<sup>a</sup> ¿Y lo hizo?...
- VAL. ¡Ojalá no me hubiera hecho caso, siquiera viviría dudando, que es una vida mejor. Desgraciadamente ya no puedo abrigar esperanzas, ni hacer castillos en el aire. Ese hombre ama á otra.
- MARQ<sup>a</sup> ¡A otra que probablemente no valdrá lo que tú! (Abrazándola.) Vamos, hija mía, no quiero

que sufras. ¿Le conozco yo?... ¿Cómo se llama?...

VAL. (Muy bajito.) Larroca...

MARQ<sup>a</sup> ¿Larroca? ¿Arturo Larroca?... ¿El periodista?

VAL. ¿Pero es que hay otro?...

MARQ<sup>a</sup> ¿Y tú has creído que te amaba? ¿Por qué? Habla. ¿En qué fundas semejante suposición? ¿Qué motivos tienes? . Pero, ¡bah! Parezco tonta preguntándote eso... ¿En qué fundamos la creencia de que nos quieren? En todo y en nada, pero lo cierto es que el corazón no se equivoca nunca. .

VAL. Sí, madrina; ya ves cómo se equivoca.

MARQ<sup>a</sup> ¿Y no sabes quién es la mujer que inconscientemente te roba ese cariño?

VAL. Solo sé que es una señorita de la aristocracia.

MARQ<sup>a</sup> Pero, ¿Fernando te ha dicho que Larroca ama á esa mujer, ó solamente que no es libre?

VAL. ¡Pues cómo! ¿No es la misma cosa?...

MARQ<sup>a</sup> ¿Tienes razón... para tí, debe ser lo mismo. (Se levanta.) Hija mía, tengo que contestar unas cuantas cartas urgentes...

VAL. Eso es despedirme.

MARQ<sup>a</sup> Sí, rica, es muy triste ver que sufres y no saber consolarte...

VAL. ¿Te has disgustado?

MARQ<sup>a</sup> Involuntariamente... has removido, sin querer, el rescoldo de mis angustias. Pero no te apures, á tu edad no debe acobardarse una niña.

VAL. Tendré valor.

MARQ<sup>a</sup> (Y yo también.) Adiós, ángel mío. (Se besan y abrazan.)

VAL. Adiós, madrina. (Mutis derecha.)

## ESCENA IX

MARQUESA. Después CRIADO

MARQ<sup>a</sup> ¡La ama! ¿Qué soy yo para él? Una pasión satisfecha... Una costumbre... Una esclavi-

tud. ¡Ingrato! Yo, qué... (Va á llorar y suelta una carcajada llena de ironía y de soberbia.) Yo, que hace un momento escuchaba las galanterías de un libertino; precisamente del hermano de la que él ama por su pureza, y á la que renuncia por mí... Ea, Julia, sé franca y justa.. Arturo es mejor que tú. En su lugar, tú romperías el lazo que os une, si fuera un obstáculo para tu felicidad. (Rompe á llorar.)

CRIADO

(Derecha.) El señor Marqués pregunta si la señora Marquesa puede recibirle.

MARQ.<sup>a</sup>

(Con asombro.) ¿Qué Marqués?

CRIADO

El señor Marqués de Nogales.

MARQ.<sup>a</sup>

(Más asombrada.) ¿Mi marido?

CRIADO

Sí, señora.

MARQ.<sup>a</sup>

(¡Esto es providencial!) Que pase.

## ESCENA X

MARQUESA. MARQUÉS, derecha

MARQ.

(A la indicación que hace la Marquesa para que se siente, dice:) Es inútil, señora; sólo me trae aquí el asunto que encomendó usted á González el banquero, y pienso retirarme en seguida.

MARQ.<sup>a</sup>

Ya está arreglado. El señor Estévanéz acaba de restituirme el dinero que yo creí perdido.

MARQ.

¿Y usted lo ha tomado de manos de un esfador?

MARQ.<sup>a</sup>

¿No era dinero mío?

MARQ.

Sí; pero no reembolsando á todas sus víctimas, aceptar esa preferencia, es pasar del campo de los engañados al del engañador; es pactar con el delincuente. Y me extraña que mi sobrina no lo haya comprendido así.

MARQ.<sup>a</sup>

Tiene usted razón, y ahora me avergüenzo.

MARQ.

(Dejando una cartera en la chimenea.) Aquí tiene usted los veinte mil duros. En cuanto á las proposiciones que me ha hecho, por conducto de González, no las admito. Seguirá

- usted percibiendo su pensión en la forma de siempre.
- MARQ.<sup>a</sup> Pero no puedo consentir..
- MARQ. No la consulto.
- MARQ.<sup>a</sup> Sé que ha tenido usted recientes pérdidas en sus negocios.
- MARQ. Es verdad, pero yo puedo economizar mis gastos, porque hago vida de soltero.
- MARQ.<sup>a</sup> Le agradezco mucho lo que hace, á pesar de lá ironía conque me habla.
- MARQ. Nada de gratitud; lo que hago, no es por usted, sino por el honor de nuestro nombre. Antes he hecho por él otros sacrificios.
- MARQ.<sup>a</sup> ¿Casarse conmigo, quizás?
- MARQ. Aquélllo no fué un sacrificio, fué una locura.
- MARQ.<sup>a</sup> Pues está usted vengado.
- MARQ. ¡Ah! ¿Ya le ha llegado á usted la hora?
- MARQ.<sup>a</sup> Mi existencia podía haber sido dulce y tranquila; ese papel de esposa y de hija á la vez, era noble y hermoso... ¡Vivir al lado de un perfecto caballero, amarle como se merece, consagrarse á honrar sus canas!...
- MARQ. Sí; ese papel hubiera sido muy hermoso, pero no le ha comprendido usted.
- MARQ.<sup>a</sup> Es que entonces era una niña y tenía los ojos cerrados.. Ahora que los abro y veo la luz, comprendo mi error; ¡pero ya es tarde!
- MARQ. ¡Demasiado tarde!
- MARQ.<sup>a</sup> Además, yo no he tenido entusiasmos que defendieran mi caída. Me falta todo lo que sostiene á las demás mujeres; la maternidad, el amor y el deber. ¿Qué me queda?
- MARQ. (Saludando y haciendo mutis.) En mis tiempos había un último refugio; ¡había Dios!... ¡Dios!

## ESCENA XI

MARQUESA.

Es inflexible; tiene razón, Dios es el único refugio. (Transición.) De fijo que Arturo no espera la sorpresa que le preparo. . ¿Y si mis temores fueran imaginarios y no amase á

esa niña? ¡Pobre Julia! Cómo te agarras á todas las ramas para no estrellarte en el abismo.

## ESCENA XII

MARQUESA. ARTURO, de etiqueta

- LAR. (Entrando.) Ea, ya me tienes aquí.  
MARQ.<sup>a</sup> (Ahora sabré convencerme.) ¿Vienes de tiros largos?  
LAR. ¡Qué pregunta! ¿No vamos al Real?  
MARQ.<sup>a</sup> ¡Ay! tienes razón; ya no me acordaba.  
LAR. Muy desmemoriada estás... ¿Has tenido visitas?  
MARQ.<sup>a</sup> Sí, y una bien imprevista, por cierto. El señor Estévanez.  
LAR. Habrá venido á hablarte de negocios.  
MARQ.<sup>a</sup> Efectivamente; pero eso no ha sido más que un pretexto. Su visita tenía una postdata, más importante que la carta misma. Está enamorado... ¡no de mí! no te alarmes, y ya ha venido á suplicarme que proteja sus amores.  
LAR. ¡Tiene gracia! Pues qué, ¿su matrimonio depende de tí?  
MARQ.<sup>a</sup> De mí precisamente, no, pero me consultarán. Se trata de mi ahijada.  
LAR. (Con viveza.) ¿Valentina?  
MARQ.<sup>a</sup> No veo que la cosa tenga nada de particular para que hayas cambiado de voz y de tono. ¿Qué te asombra?  
LAR. (Con vehemencia.) ¿Pero tú protegerás esa monstruosa unión? ¿Tú?...  
MARQ.<sup>a</sup> No me parece ninguna monstruosidad.  
LAR. Vamos, mujer, ¡estás loca!  
MARQ.<sup>a</sup> Arturo, ¿qué modo de hablar es ese?  
LAR. El que te mereces, Julia. Pues, qué, ese título de madrina, esa autoridad materna, ¿vas á emplearla en echar á esa pobre niña en los brazos de un sinvergüenza como Estévanez?

MARQ.<sup>a</sup> Pierde cuidado; no lo haré. Te lo he dicho nada más que por descubrirte. Ahora ya sé lo que quería saber.

LAR. ¿El qué?

MARQ.<sup>a</sup> Que tú amas á Valentina.

LAR. ¿Yo?... Pero, ¿en qué te fundas para asegurarlo?

MARQ.<sup>a</sup> En tu exaltación cuando te he hablado de ella. Arturo, es la primera vez que me has tratado con dureza. No te reconvengo ni te exijo explicaciones. La hora de nuestra separación había de llegar, y está sonando ahora mismo. Te relevo de tus juramentos y de tus promesas, y te devuelvo la libertad que necesitas para ser feliz.

LAR. Es que yo no acepto esa ruptura. Julia, piensa bien lo que has dicho.

MARQ.<sup>a</sup> No tengo nada que rectificar. Me importa poco lo que pueda decir el mundo.

LAR. No, Julia mía, no. Tus suposiciones son fantásticas, y yo no te abandonaré jamás. Te he rogado, es verdad, que no te mezclas en el casamiento de Estévanez; pero, ¿qué extraño es que lo haya hecho con vehemencia tratándose de la hermana de mi mejor amigo? Vamos, eres una niña; yo no amo ni puedo amar a nadie más que á tí.

MARQ.<sup>a</sup> Sé franco, te lo ruego; brutal. . si es preciso. Prefiero perderte á que me ames por caridad. No me he equivocado; esperaba de tí una resistencia generosa. Ahora estás en paz con tu conciencia. Vete, pues, y dale gusto á tu corazón.

CRIAIDO Señora Marquesa... el coche...

MARQ.<sup>a</sup> Que se retire.

LAR. No, que aguarde; tenemos precisión de salir esta noche.

MARQ.<sup>a</sup> (Al Criado.) Bien; diga usted que espere.

LAR. Y ahora, en prueba de que no estás enfadada conmigo, vas á vestirme para que vayamos al Real.

MARQ.<sup>a</sup> ¿Me lo mandas tú?

LAR. Te lo ruego.

MARQ.<sup>a</sup> (Con amargura) Pues no valía la pena del dis-

- gusto que hemos tenido para acabar por este desenlace. En seguida vuelvo. (Mutis.)
- LAR. Adiós, tontilla.—Ese pillastre de Estévanez ha descorrido el velo detrás del cual se ocultaban la felicidad de Julia y la tranquilidad mía. Esta calma que yo he logrado infundirla es aparente. La conozco bien. Se ha doblegado para engañarse á sí misma.
- CRIADO El señor Estévanez y otro caballero acaban de llegar.
- LAR. ¿Han preguntado por la señora Marquesa?
- CRIADO Sí, señor.
- LAR. Pues dígales que pasen y que tengan la bondad de esperar. Yo estoy en la Biblioteca... Cuando la señora Marquesa termine de hablar con ellos, avíseme. (Mutis.)

### ESCENA XIII

CRIADO, ESTÉVANEZ y PÉREZ

- CRIADO (En la puerta.) Tomen ustedes asiento y hagan el favor de esperar.
- PÉREZ ¡Calla! ¡Pues no está Larroca!
- EST Debe de estar, pero se habrá escondido; porque como ésta no es su residencia oficial, no querrá que le veamos aquí.
- PÉREZ ¡Pues á buena hora se viene con semejantes escrúpulos!...
- EST. Lo siento, porque deseaba presentarte á él como uno de los redactores más listos con que cuento para *La Conciencia Pública*.
- PÉREZ Muchas gracias. ¿Pero usted cree que Larroca querrá continuar en el cargo de redactor jefe?
- EST. Indudablemente; ¡pues no faltaba más! ¡Cuántos habrá que desearían tan envidiable posición! pero yo se la he reservado á él porque me conviene tenerle contento.
- PÉREZ No comprendo...
- EST. Pues está más claro que el agua. La Marquesa es madrina de mi futura, y siendo

Larroca amigo íntimo de la madrina... ¿Lo entiendes ahora?

PÉREZ

Vamos, ya estoy al cabo de la calle.

EST.

Conque, es cosa decidida. Tú te encargarás en *La Conciencia* de las revistas de teatros. Esto te valdrá la amistad y los favores de las artistas. ¿Qué mujer se resiste al crítico del diario más importante de España? Además, tendrás billetes á porrillo de todos los teatros, con los que podrás obsequiar á las gentes que estén en el caso de servirte en otros terrenos. Bueno; pero no vayas á hacer lo que cierto periodista, que los vendía á peseta á la puerta de los coliseos.

PÉREZ

¡Qué advertencia, señor Estévez.

EST.

Además te confiaré la sección de modas. Alabando discretamente las tiendas tal ó cual, te vestirán gratis y aun te regalarán cortes de vestidos para señoras, que puedes regalar ó vender. Esos artículos los firmarás con el pseudónimo de *La Dama Duende*.

PÉREZ

¡Soberbio!

EST.

Los toreros también son espléndidos, y á cambio de un bombo se dejan dar sablazos, quizás mayores de los que ellos atizan en las plazas. Serás revistero taurino. Y, por último, te daré todas las tarjetas de banquetes con objeto de que te ahorres la casa de huéspedes. En fin, siendo periodista, te va á salir la vida por una friolera.

PÉREZ

Gracias, muchas gracias... ¿Y de sueldo... qué?

EST.

¿Sueldo? ¡Pues hombre, me gusta! ¿Quieres que encima de todas esas gángas te dé un sueldo? Bastante hago con no exigirte que partas conmigo las utilidades.

PÉREZ

No, no; está bien. Pero lo que observo es que si un redactor tiene todos esos gajes, el redactor jefe vivirá como un príncipe.

EST.

Todos, menos Larroca, porque es tonto. ¿Querrás creer que ha rechazado una fuerte subvención que le ofrecía el ministro hace unos días?

PÉREZ

¡Qué estúpido!



- EST. Supongo que no la ha querido porque los días del actual Gobierno están contados y va á durar poco; pero yo opino de distinto modo, y pienso declarar el periódico de oposición á cambio de una cantidad que me ha prometido el Gobierno contrario.
- PÉREZ Pero ¿y la opinión del periódico?
- EST. Ríete de eso. ¿Opinión? Eso es un cuento de brujas. Lo que necesita un periódico para conquistar al público, es no llevarle la corriente, predicar moralidad y combatir todos los días á los que roban.
- PÉREZ ¡Tiene gracia el convencionalismo! Pues mire usted, señor Estévanez, creo que podemos hacer un negocio que me han propuesto.
- EST. Habla.
- PÉREZ Se trata de una jugada de Bolsa y es muy sencillo. Publicar un telegrama falso dando cuenta de una intentona republicana.
- EST. ¿Y cuánto ofrecen por la complicidad del periódico?
- PÉREZ Diez mil duros; ¿pero quién sabe si hablando dieran más?
- EST. ¡Inocente!
- PÉREZ ¿Por qué?
- EST. Porque yo tengo apalabrada una combinación semejante, con la diferencia de que el telegrama que voy yo á publicar se refiere á un levantamiento carlista y que me vale ciento cincuenta mil pesetitas.
- PÉREZ ¡Demonio! Es usted un águila.
- EST. Y tú un pobre gorrioncillo.
- PÉREZ ¡Qué admirable cosa es la prensa!
- EST. Ya lo creo. Su poder es infinito. Todos los que ayer despreciaban ó herían al señor Estévanez, serán mañana cortesanos del nuevo propietario de *La Conciencia Pública*.
- PÉREZ ¿Piensa usted vengarse?
- EST. Sería necio negarlo.
- PÉREZ ¿Pero no dará usted palos de ciego como otros?
- EST. No, no. A quien se declare francamente enemigo mío, le atacaré con pruebas. Precisa-

mente hoy me he procurado el número de la *Gaceta* que publicaba la sentencia absolvien-  
do al padre de Valentina por quiebra frau-  
dulenta.

PÉREZ Pero, ¿es que teme usted que se le ponga en-  
frente?

EST. Por si acaso.

PÉREZ (Mirando á la derecha.) ¡La Marquesa!

## ESCENA XIV

DICHOS. MARQUESA, vestida de gran "soirée". Luego LARROCA

MARQ.<sup>a</sup> Siento mucho haberles hecho esperar, y lo  
peor es que no puedo detenerme porque va-  
mos al teatro.

EST. Presento á usted mi amigo Ernesto Navarre-  
te, nuevo redactor de mi periódico... Quería  
presentárselo á Larroca, puesto que ha de  
tenerle á sus órdenes.

MARQ.<sup>a</sup> Debe de estar en la Biblioteca. Ahora ven-  
drá.

EST. Marquesa, ya supondrá usted el motivo que  
me trae por segunda vez. Deseo conocer la  
resolución de su ahijada respecto de lo que  
hablamos antes.

MARQ.<sup>a</sup> ¡Ah, sí! Su mano.. Pues no he tenido tiem-  
po de hablarle de eso.

EST. Como yo la dejé con ella y esa era la me-  
jor ocasión...

MARQ.<sup>a</sup> (Con sequedad) Pues no he sabido aprove-  
charla...

EST Marquesa, repare usted en que eso equivale  
á una negativa.

MARQ.<sup>a</sup> Tiene usted razón.

EST. ¿Es decir, que mata usted todas mis espe-  
ranzas?

MARQ.<sup>a</sup> Ya nacerán otras.

EST. ¿Y puede saberse por qué no quiere prote-  
germe ya como me había prometido?

MARQ.<sup>a</sup> Yo no le prometí nada.

EST. Me dió usted esperanzas al menos.

MARQ.<sup>a</sup> Me explicaría mal.

- EST. O yo no comprendería bien, pero mi error es excusable. Yo creía haber adquirido derechos morales y materiales á la protección de usted.
- MARQ.<sup>a</sup> ¡Esa es una grosería! Ahí tiene usted los veinte mil duros en ese sobre; no quiero deberle nada, ni aun lo que era mío.
- EST. (Vamos, creo comprenderlo todo. Larroca se pasa á otro bando por lo visto.)
- MARQ.<sup>a</sup> Cuando me encuentre usted en cualquier parte, haga el favor de no reconocerme.
- EST. Eso es una declaración de guerra.
- MARQ.<sup>a</sup> Si hay que tenerle á usted por amigo ó enemigo, mi elección está hecha.
- EST. Sin embargo, puede pesarle á usted.
- MARQ.<sup>a</sup> ¡Basta! (Llama al criado, que aparece en seguida.) Al señorito Larroca que estoy esperándole. Adiós, caballero. (Pequeña pausa de silencio. Hace ademán de retirarse, pero se detiene al aparecer Larroca.)

## ESCENA XV

DICHOS, LARROCA

- EST. He venido para presentarle á mi amigo Navarrete, redactor de *La Conciencia Pública* y por lo tanto, nuevo compañero de usted.
- LAR. Tengo mucho gusto en conocerle, pero es inútil. Yo no puedo continuar en esa redacción.
- EST. ¿Pasa usted á otro periódico?
- LAR. Probablemente.
- EST. Es una locura.
- LAR. Lo será; pero usted y yo vemos las cosas de distinto modo.
- EST. No comprendo.
- LAR. Yo respeto la prensa; usted la desprecia. Yo hago de ella una tribuna, y usted un comercio.
- EST. ¡Señor Larroca!
- LAR. Sí; una tienda en la que se venden las convicciones, las ideas, la honradez. El periódico

co es suyo, y cuando no es posible arrojar á los mercaderes del templo, debe uno salirse de él. Eso es lo que yo hago. (A la Marquesa.) Vamos, Julia. (Le da el brazo y salen.)

EST. (Saliendo del brazo de Navarrete.) Necesito que hagas para el número de mañana una historieta picante. ¿Asunto? Una gran dama separada de su marido. Un amante de cámara... en fin, un latigazo que haga brotar la sangre del fustigado... y ¡un buen título! *La mujer de dos maridos.*

PÉREZ ¡Magnífico! Ya hablaremos por el camino. (Mutis.)

TELÓN



# ACTO TERCERO

---

Sala de juego en casa de la Vizcondesa; una puerta en el fondo y otra en segundo término derecha. Sillas repartidas por la escena dos mesas de tresillo y un canapé á la derecha en primer término. Por la puerta del fondo se ve el salón de baile espléndidamente iluminado y por el cual pasan constantemente varias parejas

## ESCENA PRIMERA

VIZCONDE, GENERAL y PÉREZ, jugando al tresillo. Al levantarse el telón se oyen los últimos compases de un vals

VIZC. (A Pérez.) Amigo mío, ha hecho usted un renuncio.

GEN. Es verdad, pero ha sido una distracción.

VIZC. ¿Sí? Pues ya es la segunda vez que le sucede lo mismo.

PÉREZ No tiene nada de particular. Ya les advertí que no domino este juego.

GEN. Ea, pues fumemos un cigarro y dejen ustedes esa discusión. (Saca la petaca y da pitillos á sus compañeros.) ¿Han leído ustedes hoy en *La Conciencia Pública* el artículo titulado *La mujer de dos maridos*?

VIZC. Es en extremo picante y por demás intencionado.

PÉREZ (Como mío.)

GEN. ¿Ha adivinado usted á los protagonistas?

- VIZC. No es preciso ser un Séneca para saber contra quién va la bomba. ¡Pobre Marquesa y pobre Larroca!
- GEN. Yo, después de leer eso, he compadecido á la marquesa. ¡Sacarla á la vergüenza pública de un modo tan claro no me parece bien!
- VIZC. ¿Y quién será el que firma con el pseudónimo de «La dama duende?»
- GEN. Alguna vieja envidiosa.
- PEREZ No lo crea usted; es joven y bonita.
- VIZC. ¿La conoce usted?
- PÉREZ Mucho; pero me es imposible revelar su nombre...
- GEN. (Que ha dado cartas.) Juego... (Siguen jugando.)

## ESCENA II

DICHOS, VALENTINA, FERNANDO por el fondo Después un  
CONVIDADO

- VAL. ¡Ay! ¡Aquí se respira!
- FERN. Anda, siéntate. (Lo hacen en el canapé.)
- VAL. La temperatura del salón es insoportable; creí que iba á ponerme mala.
- FERN. Vamos, abanícate, y verás qué pronto se te pasa eso.
- VAL. No ha sido más que un ligero vahido.
- FERN. ¿Quieres que te lleve á casa?
- VAL. No, me encuentro bien aquí, y además el baile está delicioso.
- FERN. No me engañes, Valentina... Es inútil que trates de fingir, porque se te conoce que estás inquieta.
- VAL. Lo estaba, es verdad; pero he reflexionado y sé que no debo entristecerme ni disgustar á nuestro pobre padre. Sí, Fernando, estoy resuelta á aceptar el marido que me ofrece.
- FERN. ¿Cómo? ¿Al fin te resignas?
- VAL. Sin que una mujer se case por amor, puede hacer feliz á su esposo.
- CONV. (Por el fondo.) Pero, qué, Fernando, ¿me quita usted la pareja?

- FERN. Es que la atmósfera del salón la ha hecho daño.
- VAL. No; pero ya estoy bien.
- CONV. Pues el vals va á comenzar, y si usted gusta... (La da el brazo.)
- VAL. (Aceptando) VAMOS. (Mutis.)

### ESCENA III

VIZCONDE, GENERAL, PÉREZ, FERNANDO

- FERN. ¡Pobre Valentinal! ¡Qué valor y qué abnegación tan admirables! Arturo y ella habrían hecho una pareja encantadora, pero esa maldita Marquesa... Me alegro del disgusto que la ha dado hoy Estévanez en su periódico. (Va á salir por el fondo y en la puerta encuentra á Estévanez que viene.)

### ESCENA V

DICHOS. ESTÉVANEZ

- EST. (Abrazándole.) Mi querido Fernando, he preguntado por usted; me han dicho que le habían visto entrar aquí y vengo á saludarle ya que usted no ha querido saludarme á mí.
- FERN. Muchas gracias, señor Estévanez. Yo soy mal fisonomista, y como nos hemos visto pocas veces...
- EST. ¿Ya sabrá usted que tengo desde hoy un gran periódico?
- FERN. Sí, *La Conciencia Pública*: me lo han dicho.
- EST. Pues se lo advierto para que disponga de él como guste...
- FERN. Muchas gracias.
- EST. Yo quiero corresponder de algún modo á las pruebas de amistad que me ha dado su señor padre. A él no puedo servirle en nada por su posición; pero su hijo es joven, le gustan las mujeres de teatro, y para satisfa-

- cer todos sus caprichos tengo yo un periódico.
- FERN. Agradezco en el alma su generoso ofrecimiento.
- EST. No es tan generoso como cree. Hay algo de interés en el fondo. Lo hago más que por nada porque tengo deseos de ser su amigo.
- FERN. (Apretándole las manos.) Es un honor para mí. (Pues señor, este hombre no es tan antipático ni tan malo como yo creía.)
- EST. (Dándole el brazo.) (Esta fortaleza me parece que ya está tomada.) (Comienza el vals.)
- FERN. ¿Viene usted al salón?
- EST. No, no bailo éste. (Llegando del brazo hasta la puerta.)
- FERN. Pues hasta luego.
- EST. Adiós. (Mutis Fernando. Estévanez vuelve al centro de la escena.)

## ESCENA V

DICHOS. GONZÁLEZ por el fondo

- GONZ. (Que ha aparecido momentos antes en la puerta.) (¿Estévanez y mi hijo del brazo? Si no lo hubiera visto no lo creería...) (Avanzando.) ¡Amigo Estévanez!
- EST. ¡Hola, señor González!
- GONZ. Tenía ganas de verle á solas para decirle que ha hecho mal publicando esa ferocidad contra la Marquesa. Al fin y al cabo se trata de la madrina de mi hija.
- EST. Calle usted, querido González; he tenido un gran disgusto. Ese artículo, le juro á usted que se ha deslizado sin mi consentimiento. Si yo tengo noticias de semejante cosa no se publica... ¡Cómo es posible!
- GONZ. La sátira es terrible, y yo me alegro de que la Marquesa no haya venido al baile, porque su presencia en esta casa hubiera sido violenta para todos.
- EST. ¿Quién sabe? Todavía puede venir.



- GONZ. No, ya es tarde, y sobre todo, tengo la seguridad de que no se atreve...
- EST. En fin, ¡cómo ha de ser! Lo que está hecho ya no tiene remedio. ¿Y de mi pretensión, qué noticias nuevas hay?
- GONZ. Nuevas, ninguna. Yo he hecho todo lo que estaba de mi parte. Le he presentado á mi hija, he apoyado su deseo. Ahora solo falta que Valentina se decida, y, lo principal, que su hermano no se oponga.
- EST. ¿Fernando? No lo creo. Ya nos ha visto usted hace un rato. El y yo somos los mejores amigos.
- GONZ. (Al mutis.) Pues si no hay obstáculo estamos de enhorabuena.
- EST. Yo más todavía. (Mutis ambos.)

## ESCENA VI

VIZCONDE, GENERAL y PÉREZ

- VIZC. ¿Les parece á ustedes que lo dejemos?
- GEN. Sí; yo estoy de mala suerte esta noche.
- VIZC. No dirá lo mismo el señor. (Por Pérez.)
- GEN. Ya lo creo; gana doscientos veinte tantos. Ahí van doscientas veinte pesetas.
- PÉREZ ¿Cómo? ¿Pero jugábamos á peseta el tanto?
- VIZC. ¿No es esa la costumbre?
- PÉREZ ¡Ah, sí! Es verdad. (¡Pues si pierdo me luzco!)
- GEN. (Al Vizconde por lo bajo.) ¿Quién es este caballero?
- VIZC. Estévanez me lo ha presentado esta noche; no recuerdo su nombre, pero no sé por qué sospecho que es «La dama duende.»
- GEN. (¡Canalla!)

## ESCENA VII

DICHOS, VIZCONDESA

- VIZC.<sup>a</sup> (Entrando por el fondo.) Qué, ¿han terminado ustedes ya su partida?

- VIZC. Sí; pero el General y yo hemos tenido el santo de espaldas. El triunfo ha sido para este caballero.
- VIZC.<sup>a</sup> (Al Vizconde bajo.) Oye, ¿y quién es este joven?
- VIZC. (Idem.) Un redactor de *La Conciencia Pública*. «La dama duende», si no estoy equivocado.
- VIZC.<sup>a</sup> (Idem.) Preséntamele, que voy á conquistarle para que se ocupe del baile en su periódico.
- VIZC. (En voz alta.) Te presento á un compañero de «La dama duende». Mi esposa...
- PÉREZ (Haciendo una reverencia.) Señora ..
- GEN. (Al Vizconde.) ¿Vamos á dar una vuelta por el salón?
- VIZC. Vamos; hasta ahora. (Mutis los dos foro.)

## ESCENA VIII

VIZCONDESA, PÉREZ

- VIZC.<sup>a</sup> Tiene usted una compañera muy ingeniosa, pero Dios nos libre de sus iras; es peor que una víbora.
- PÉREZ ¿Sabe zaherir, verdad?
- VIZC.<sup>a</sup> Sí, pero hábilmente; se ve que es artista.
- PÉREZ Muchas gracias, en su nombre.
- VIZC.<sup>a</sup> El único defecto que tiene es el de ser mujer...
- PÉREZ Si ella lo supiera, crea usted que se apresuraría á cambiar de sexo.
- VIZC.<sup>a</sup> Yo me alegraría mucho, señor... (¿Cómo se llamará? Voy á ver si lo averiguo.) ¿No baila usted?
- PÉREZ El baile no es más que un pretexto para hablar, y yo no conozco aquí más que á Estévanez.
- VIZC.<sup>a</sup> Pues como yo tengo mucho gusto en conversar con usted, le concedo el próximo schotis. Escriba usted su nombre. (Entregándole su «carnét».)
- PÉREZ (Dudando.) (¿Y voy á poner Pérez á secas? Un apellido tan vulgar... No; yo me añado algo.) (Escribe.)
- VIZC.<sup>a</sup> (Leyendo.) ¡Oh! ¡Ilustre apellido! Ernesto Pé-

rez de Guzmán el Bueno. Usted es de los nuestros. Sangre azul pura. Me alegro mucho. La masa popular me revienta.

PÉREZ            Sí, señora, es despreciable.

VIZC.<sup>a</sup>            ¿Vamos al salón?

PÉREZ            Con mucho gusto. (Le da el brazo.)

VIZC.<sup>a</sup>            (Media columna de bombo es segura.) (Mutis derecha.)

## ESCENA IX

FERNANDO, ARTURO LARROCA entran por el fondo

FERN.            Vamos, ya estamos solos.. Cuéntame...

LAR.            Pues ya puedes figurártelo. ¿Tú habrás leído *La Conciencia Pública*? A mí se me ataca personalmente, y á Julia se la ofende de un modo soez y grosero.

FERN.            Por ella no lo siento, te soy franco.

LAR.            Fernando, no piensas lo que dices.

FERN.            Mira, Arturo, esa mujer ha causado tu desgracia y la nuestra, y no se lo perdono. Pero en fin, tienes razón; no es este el momento de unirse á los que la insultan. ¿Ella ha leído el artículo?

LAR.            No; pero algo han debido decirle, porque cuando nos separamos antes de comer, observé en ella un no sé qué muy extraño.

FERN.            Pues cuando no ha venido al baile, es que conoce el artículo.

LAR.            No; me dijo que estaba enferma y que pensaba retirarse á descansar.

FERN.            En fin, lo cierto es que te han proporcionado el gran sofocón.

LAR.            ¡Ah! bien; pero tú comprenderás que yo no puedo dejar sin castigo una canallada semejante.

FERN.            No quisiera apoyarte, pero tienes razón.

## ESCENA X

DICHOS, en seguida la MARQUESA

LAR. Bueno; pues esto, cuanto antes se resuelva mejor. Gálvez ya lo sabe; uníos; buscad á Estévez, y sin ruido, concertad un duelo para mañana. (Entra la Marquesa, y al verlos, avanza detenidamente á dos pasos detrás de ellos.) Si quiere entrar en explicaciones, le decís que no las acepto. Vuestra misión se reduce á arreglar las condiciones del lance. Soy el ofendido y elijo la pistola.

FERN. Corriente; espérame aquí.

MARQ.<sup>a</sup> (Avanzando.) Fernando, un momento.

FERN. Marquesa, ¿usted aquí?

MARQ.<sup>a</sup> Sí; cuando iba á acostarme hé recibido en un sobre el número de *La Conciencia Pública*, y marcado con lápiz rojo el artículo en que nos atacan. Sin duda ha sido una atención del señor Estévez. Mi primer impulso fué de cólera. Me vestí en el acto suponiendo que estarías aquí, para pedirte que abofetearas á ese sinvergüenza en pleno baile. Tal escándalo, me vengaba aunque era mi perdición; pero mientras venía, he reflexionado. El apellido y el título que llevo no son míos solamente. El hombre que supo sacrificar al honor de ambas cosas una venganza tan justa como la mía, ese hombre, Arturo, no se merece que yo le ponga en ridículo. Por esa razón te suplico que desistas del duelo.

LAR. Sí; pero el artículo es la causa del escándalo, y aunque el lance no puede disiparlo, es al menos la única protesta posible contra esa innoble agresión. Reflexiona, Julia; si me impides protestar, Estévez gana la partida cómodamente; invitas á otros cobardes como él á que te insulten, y me colocas en una situación indecorosa. No; tú no puedes quedar indefensa.

- FERN. Arturo tiene razón, señora.
- MARQ.<sup>a</sup> No; él no queda mal, porque todo el mundo le conoce demasiado, y comprenderán que no queremos hacer una confesión pública de nuestra falta.
- LAR. Julia, creo que tú no has visto que estamos retratados con indiscutible claridad..
- MARQ.<sup>a</sup> No importa; nuestros amigos fingirán no haber entendido la sátira. En fin, lo que urge es arreglar la situación para no dar tiempo á que los indecisos se declaren contra nosotros. Cuando vean que yo hago cara á la tormenta, ten la seguridad de que el rayo caerá sobre ese cobarde. Pero todo esto es imposible con tu presencia. Arturo, cualquier imprudencia tuya nos comprometería; abandona el baile, te lo ruego. Necesito el campo libre.
- LAR. (Indeciso.) ¿Qué me aconsejas, Fernando?
- FERN. Que te vayas.
- MARQ.<sup>a</sup> Sí, vete. De todos modos, mañana aun será tiempo de apalear á ese canalla. Déjame hoy dirigir el ataque á mi gusto... Fernando tendrá la bondad de darme el brazo. (Fernando se lo ofrece.)
- LAR. Pues hasta mañana; cuento contigo, Fernando. (Mutis derecha.)

## ESCENA XI

LA MARQUESA y FERNANDO

- MARQ.<sup>a</sup> Fernando, es usted un hombre honrado y un caballero. Ahora, lo que deseo saber, es si puede ser usted un verdadero amigo mío.
- FERN. Cuente usted con mi amistad sin límites.
- MARQ.<sup>a</sup> No; cuando la haya ganado. ¿Sabe usted por qué me odia Estévanez?
- FERN. Me lo figuro; la habrá hecho el amor...
- MARQ.<sup>a</sup> No es eso. Quiere casarse con Valentina.
- FERN. ¿Con mi hermana? ¿El? ¿Ese canalla?... Ahora comprendo por qué me adulaba hace un rato.

- MARQ.<sup>a</sup> Sí; pero Valentina es mi ahijada, y yo me negué á apoyar su pretensión. De ahí viene su ira contra mí.
- FERN. ¿Y usted se ha sacrificado generosamente por ella?
- MARQ.<sup>a</sup> Quizás haga todavía otros sacrificios mayores.
- FERN. Yo no la conocía á usted bien hasta ahora. Perdóneme usted, Julia. En trance tan difícil como el presente, un amigo no tiene precio. Cuente usted conmigo, señora.
- MARQ.<sup>a</sup> Gracias, Fernando.

## ESCENA XII

FERNANDO, MARQUESA, GENERAL, VIZCONDE, VIZCONDESA, ESTÉVANEZ, PÉREZ y CONVIDADOS de ambos sexos. Todos han ido acercándose poco á poco durante la escena última expresando con sus gestos y ademanes la extrañeza que les causa la presencia de la Marquesa

- MARQ.<sup>a</sup> Buenas noches, querida Vizcondesa, ya veo que el baile está brillantísimo.
- VIZC.<sup>a</sup> Sí, es verdad, pero ha venido usted muy tarde. Ya creíamos que no íbamos á tener el gusto de verla esta noche.
- MARQ.<sup>a</sup> Pues he estado á punto de quedarme en casa, y lo hubiera sentido. Ayer me encontraba algo indispuesta. Por lo visto, la noticia de mi indisposición se extendió rápidamente, y esta tarde, al volver de paseo, me han entregado más de treinta tarjetas interesándose por mi salud.
- VIZC. ¿Sí, eh?...
- MARQ.<sup>a</sup> Eso sin contar conque esta noche he tenido tal procesión de visitas, que por poco no puedo venir.
- VIZC. (Al General.) ¡Qué frescura!
- GEN. (Al Vizconde.) ¡Y qué aplomo!
- MARQ.<sup>a</sup> Vamos, les digo á ustedes que no parecía más sino que mis amigos se habían puesto de acuerdo para abrumarme con sus atenciones. (A las señoras que la rodean.) Señoras,

ruego á ustedes que si llega á sus oídos la noticia de mi muerte, la desmientan. Jamás me he encontrado mejor que hoy.

VIZC. Nos alegramos mucho.

EST. (Bajo al periodista.) ¿Pero tú has visto desahogo como el de esta mujer?...

MARQ.<sup>a</sup> (Fijándose en Estévanez) ¡Hola, señor Estévanez; tengo mucho gusto en verle!

GEN. (Es valiente; toma la ofensiva.)

MARQ.<sup>a</sup> Hombre, por cierto que esta tarde deben haberle sonado mucho los oídos.

EST. ¿Por qué, señora?...

MARQ.<sup>a</sup> Porque se ha hablado mucho de usted en mi casa.

EST. Es extraño.

MARQ.<sup>a</sup> No; y ahora lo comprenderá usted todo. Entre las visitas que he recibido, figuraba el Presidente de la Sala de lo criminal.

EST. (Bien se está vengando.)

GEN. (Estocada al corazón.)

EST. (¡Qué vergüenza!) Sí, habrá dicho horrores de mí, porque es mi enemigo personal.

MARQ.<sup>a</sup> ¡Qué disparate! ¡Al contrario! Se acuerda mucho de usted... Ya sé que tuvieron ustedes una cuestioncilla hace poco, y que desde entonces no se tratan; pero él cree que tarde ó temprano volverá á verle.

EST. (¡Oh! ¡Esto es bochornoso!) (Murmillos en los concurrentes.)

MARQ.<sup>a</sup> Y á propósito; ya se me olvidaba. Tengo que dar á usted un millón de gracias. Su crónica de salones me ha curado la jaqueca que padecía. Es muy sugestiva. Sobre todo la anécdota titulada: *La mujer de dos maridos...* me ha hecho pasar un rato delicioso.

VIZC. (Al General.) (¡Esta es la puntilla!)

EST. No sabe usted lo que me satisface que no haya dado usted importancia á esa broma de mal género. Precisamente hace poco decía á la Vizcondesa que el artículo en cuestión se ha insertado sin mi consentimiento, y me preparaba á dar á usted toda clase de excusas.

VIZC. (¡Qué hipócrita!)

- MARQ.<sup>a</sup> No necesito esas explicaciones, puesto que le creo incapaz de semejante cosa. ¿Cómo iba yo á suponerle complicado en una acción tan baja como esa?... No; eso es indigno de hombres honrados y usted lo es indudablemente.
- PÉREZ (¡Esta mujer es insaciable!)  
Esr. Marquesa, prometo á usted castigar al autor de esa crónica, obligándole á que presente su dimisión.
- MARQ.<sup>a</sup> (Después de pasar su mirada sobre las personas que la rodean.) ¡Es usted un miserable y un cobarde, porque insulta á una señora que nadie tiene el derecho de defender! ¡nadie!
- MARQ. (Que estaba en el fondo en un grupo, avanzando.) ¡Excepto yo!... (Movimiento general de asombro. A Estévez:) Caballero... ¿quién es el autor de ese artículo?...
- EST. (Deteniendo á Pérez que trata de ir hacia el Marqués.) Tratándose de la responsabilidad, soy yo...
- MARQ. ¡Basta! Marquesa, tome usted mi brazo. (Da una tarjeta á Estévez y el brazo á Julia y la va paseando de grupo en grupo. Todos les rodean siguiéndoles al salón de baile.)

TELON





# ACTO CUARTO

---

Gabinete de González: la misma decoración del primer acto

## ESCENA PRIMERA

FERNANDO tendido en un sillón á la izquierda; se despereza como si acabara de despertarse. Un Criado le trae una carta en una bandeja

(Leyendo.) «Nene mío; he sido muy feliz contigo, pero el embajador de Rusia acaba de ofrecerme un contrato de segunda bailarina en San Petesburgo. Ni siquiera tendré el gusto de despedirme de tí, porque marchamos esta tarde; pero puedes estar tranquilo, Fernando de mi vida. Yo no te olvidaré nunca.» (Hablado.) Sí; te harás un nudo en el pañuelo... (Sigue leyendo.) «Tu inconsolable—Enriqueta.» (Hablado.) ¿Conque á Rusia? Vaya, pues buen viaje. Allí, malo ha de ser que no des con un príncipe ruso que se deje engañar fácilmente. (Levantándose.) Pues señor, ya me quedé sin novia. ¿Y qué hago yo ahora?... ¿Busco otro par de pies, ó me cruzo de brazos? (Bostezando.) ¡Qué bien hubiera hecho casándome!... La vida que llevo no puede ser más tonta; y cuando pienso en que si no fuera por mi padre, tal vez llegaría á ser un rico comerciante en la Habana... ¡Oh! ¡Ese

es mi ideal! Ser un día sucesor de mi tío, y contemplar la muestra del comercio que dijera: «Sobrino de López y López» y en... con... por... sin... sobre... López...

## ESCENA II

FERNANDO y ARTURO LARROCA entrando por la derecha

FERN. ¿Cómo tú aquí, tan temprano? ¿Hay novedades?

LAR. Y grandes. La Marquesa se ha reconciliado con su marido.

FERN. ¿De veras?

LAR. Esta noche salen juntos para Italia.

FERN. Pero cuéntame, cuéntame... ¿cómo ha sido eso?...

LAR. Pues nada; que el Marqués es un hombre de un tacto y de una generosidad admirables. Esta mañana, así que le dió una estocada á Estévanez...

FERN. ¿Qué hizo?...

LAR. Rogó á sus padrinos que le acompañaran á casa de su mujer. «Ya está usted vengada, señora—la dijo—pero vea usted á qué peligros la expone su soledad. Haga usted un sacrificio, no por mí, que no lo merezco, sino por algo que vale mucho, y que es nuestro nombre. Creo que ha llegado el momento en que olvide usted mis faltas y que me restituya el derecho á defenderla. Esa podía ser la rúbrica de nuestra reconciliación.» Todo esto, dicho en un tono que no provocó la menor sonrisa en los labios de quienes le escuchaban. La Marquesa, le dirigió entonces una mirada que fué todo un poema de gratitud y de arrepentimiento; se dieron la mano, y, al quedarse solos, han decidido pasar un año en el extranjero, á fin de sus traerse á las murmuraciones.

FERN. ¿Y cómo han llegado á tí todos esos detalles?

LAR. La misma Marquesa me los ha referido al despedirse de mí para siempre.

FERN. Bien; pero vuestra entrevista ha debido ser violentísima para los dos.

LAR. No lo creas. Ha sido franca y seria. Nada teníamos que reprocharnos y todo se ha reducido á una mutua restitución de nuestros respectivos destinos. Claro es que dos existencias confundidas durante cinco años, no se separan sin un tierno recuerdo de los días felices; pero si nuestras voces han temblado en las últimas palabras; si nuestros ojos se han humedecido al mirarnos por última vez, ambos hemos tenido la fuerza de voluntad suficiente para sofocar nuestra emoción, y nos hemos despedido con una sonrisa.

FERN. ¡Chico! ¡Viva la alegría! Ya eres libre... y lo que es mejor, sin haber faltado á ninguno de tus deberes. La Marquesa tampoco ha tenido que sacrificarse. En fin, que Estévez nos ha hecho un gran servicio sin saberlo.  
¡Abrázame, hermano!

LAR. Con toda mi alma.

FERN. Ahora sólo es cuestión de poner sitio á mi padre.

LAR. Bien; pero, ¿y Valentina, accederá?

FERN. ¡Qué pregunta! Pues si la pobre niña no desea otra cosa... que seguir mis consejos en todo.

LAR. Sí; pero á quien temo es á tu padre, porque quizás no perdone la amistad que he tenido con la Marquesa.

FERN. Pues mira; pronto saldremos de dudas, porque yo voy á abordar la cuestión de frente. Las cosas cuanto antes, mejor. Vuelve á tu casa y espérame. Dentro de un par de horas te llevaré noticias.

LAR. Fernando, en tus manos dejo mi felicidad.  
(Mutis fondo.)

FERN. No temas; (en buenas manos está el panadero.)

### ESCENA III

FERNANDO y GONZÁLEZ

- FERN. Buena días, papá; ¿has dormido bien?  
GONZ. Sí, hijo mío. ¿Y tú... vendrías tarde del baile?...
- FERN. En cambio tú por retirarte temprano te perdiste la escena más dramática del mundo.  
GONZ. ¿Qué escena dramática?  
FERN. La Marquesa insultó á Estévanez delante de todos.  
GONZ. ¿Por qué motivos?  
FERN. ¡Qué cosas tienes, papá! Por el artículo que tú conoces. Pero lo gordo es que el Marqués ha defendido á su esposa, y que ya tienes al marido y á la mujer reconciliados, disponiendo un viaje.  
GONZ. Me alegro por ella. ¿Y Estévanez?  
FERN. Según me ha escrito el médico que llevaban, el Marqués le ha dado un pinchazo.  
GONZ. ¿Grave?  
FERN. No; tuvo la suerte de que le hiriera en un brazo, y claro, el duelo no pudo continuar.  
GONZ. Menos mal.  
FERN. En fin, que está de enhorabuena y gracias á la misericordia del Marqués.  
GONZ. No sé qué quieres decir.  
FERN. Pues bien claro; que el Marqués le ha hecho un grandísimo favor dándole una estocada. Otro cualquiera no habría querido cruzar su espada con la de Estévanez, pero el Marqués deseaba castigar la ofensa, y cuando le hicieron sus amigos todas esas observaciones, dijo: «No me importa nada lo que pueda ser Estévanez, y si está descalificado, yo le rehabilito.»  
GONZ. Tu injustificado odio á Estévanez es la causa de que le juzgues siempre como no se merece. Sin embargo, creo que en efecto esa estocada le bautiza. Ahora ya, Estévanez es

un gran partido para cualquier muchacha de posición.

FERN. ¿Sí, eh? ¿Por qué no le das tu hija?

GONZ. Eso es lo que voy á hacer.

FERN. Supongo que hablas en broma.

GONZ. No, Fernando. Yo he comprometido mi influencia paternal y venía á anunciártelo.

FERN. ¿De manera que tú das tu hija á un estafador?...

GONZ. Ya no lo es. La prueba está en que se le admite en todas partes y en que nadie rehusa su amistad. Tú mismo ibas anoche de su brazo.

FERN. Me cogió á la fuerza.

GONZ. Bueno; pues yo le he concedido á tu hermana amplia libertad, y ella es quien acepta á á Estévanez.

FERN. No, papá, eso no puede ser. Me consta que Valentina ama á otro hombre.

GONZ. ¡Imposible! Me lo hubiera dicho.

FERN. Nada tiene de extraño que te ocultara su pasión. El que ama Valentina no era libre, y ahora sí lo es...

GONZ. ¿Y te parece que voy á desairar á Estévanez y á crearme un enemigo formidable?...

FERN. ¡Bah! Ese es un enemigo insignificante para tí.

GONZ. ¿Quién sabe? Tiene un arma poderosa: su periódico.

FERN. Pues creo que todo es preferible á causar la desgracia de tu hija.

GONZ. Eso nunca. Puedes estar tranquilo. Soy incapaz de sacrificarla á mi egoísmo. Puesto que ama á otro, con él se casará... ¿Dices que antes no era libre, y que ahora lo es? ¿Y qué demonios ha hecho, para conseguirlo? ¿Quién es?

FERN. Arturo Larroca.

GONZ. ¡Larroca! ¿Un periodista? ¿Un escritor? ¿Un hombre sin oficio ni beneficio? ¡Jamás, jamás y jamás!

FERN. Sí, pero Valentina le quiere y tú has dicho ahora mismo que no le pones trabas á su voluntad.

GONZ. Entendámonos. A condición de que ame á un hombre rico.

FERN. Ella tiene fortuna para los dos.

GONZ. No, no. Yo he sacado de la nada á mi familia con mi trabajo, y no estoy dispuesto y á dar mi hija á un quidam, por un capricho suyo.

FERN. Larroca tiene un nombre ilustre en las letras y un brillante porvenir en la política. Y sobre todo, tú mismo haces gala de ser su amigo.

GONZ. Me gusta sentarle á mi mesa y presentarle á mis amigos. Es un hombre de mérito, no lo discuto, pero á esas gentes se las admite en el comedor, en la familia nunca. Además, no comprendo cómo Valentina ha puesto su cariño en un hombre comprometido con otra mujer.

FERN. (Vivamente.) Es que ella ignoraba las relaciones de Larroca con la Marquesa.

GONZ. ¿Cómo sabía entonces qué no era libre?

FERN. Porque yo mismo la dije que Arturo estaba enamorado de una joven de la aristocracia.

GONZ. ¿Y ella continuará en esa creencia?

FERN. Sí.

GONZ. Pues bien; dejemos las cosas como están. Tú has cortado de raíz un cariño que no era entonces más que un pasatiempo, y hoy podría ser una desgracia. El dolor ha pasado; tu hermana ya no se acuerda; se le ofrece un partido brillante y ella acepta. Además, Estévanez puede serme muy útil ó muy perjudicial. ¿Lo entiendes?

FERN. Cuidado, papá; creo que capitulas con tu conciencia.

GONZ. (Malhumorado.) Eres un imbécil. Quieres decir que sacrifico mi hija á mi ambición, ¿no es eso? Ea, no quiero escucharte más. Te prohíbo que hables de este asunto con tu hermana. Yo soy mejor juez que nadie para ver lo que la conviene.

FERN. Pero reflexiona...

GONZ. Vete á paseo y no me fastidies más. (Mutis derecha.)

## ESCENA IV

FERNANDO solo

- FERN. (Siguiendo con la vista á su padre.) Prohibeme lo que quieras. Yo impediré que tengas un remordimiento en tu vida.
- CRIADO (En la puerta.) El señor Estévanez.
- FERN. (¡Dios le trael) Que pase. Es preciso que desista.

## ESCENA V

FERNANDO y ESTÉVANEZ con un brazo en cabestrillo

- FERN. ¡Hola! ¿Trae usted á mi hermana la prueba de su valor?
- EST. Vengo solamente por tranquilizarla, respecto á mi herida.
- FERN. ¿Quiere usted que aprovechemos su ausencia para charlar un rato?
- EST. Tengo mucho gusto en estrechar mis relaciones con mi futuro cuñado.
- FERN. Pues siéntese usted. (Se sientan.) Vamos á ver, querido cuñado, ¿por qué desea usted casarse con mi hermana?
- EST. Por una sola razón, que le parecerá suficiente. Porque la amo.
- FERN. Dígame usted, con franqueza, que desea ese matrimonio porque la posición de mi familia le conviene, porque la dote de mi hermana no es despreciable.
- EST. Eso es, justamente, lo que signiñca en el mundo el verbo amar.
- FERN. Está bien. ¿De manera, que esa boda es cuestión de negocio, más que de corazón?
- EST. No comprendo el objeto de tal pregunta.
- FERN. Pues nada, creo sencillamente que en su posición no le costaría trabajo encontrar una esposa preferible á mi hermana.

EST. ¿Le ha encargado á usted papá, que me retire su palabra?

FERN. No; obro por cuenta mía. Tengo otras miras respecto al porvenir de Valentina, y puesto que ésta no es para usted una cuestión de corazón, le ruego que desista de esa boda.

EST. Siento muchísimo contrariarle; pero usted comprenderá que eso no basta para que me retire. La delicadeza sería en mí un deber, únicamente, cuando su hermana no me aceptase por esposo.

FERN. De eso precisamente se trata.

EST. Permita usted que lo dude. Su señor padre me ha dicho ayer que estaba conforme; y en persona he declarado á Valentina mi amor y mi deseo; y ella me ha escuchado sin repugnancia.

FERN. Es posible; pero mi hermana y yo, hemos tenido una conversación esta mañana, que la ha hecho cambiar por completo ciertas resoluciones, que, aunque usted crea otra cosa, nunca fueron espontáneas. Sí, amigo Estévanez; Valentina ruega á usted que renuncie á su mano, y usted, que es un modelo de delicadeza, estoy seguro de que la complacerá.

EST. Está bien, caballero; pero por lo que veo, no es ella quien me rechaza. Es usted, y francamente, me parece que tengo el derecho á saber la causa.

FERN. Ya le he dicho que me preocupaba el porvenir de Valentina.

EST. No puedo contentarme con esa excusa. Debe usted tener, contra mí, algún otro motivo grave.

FERN. No me obligue usted á hablar, se lo suplico. La explicación sería tan desagradable como inútil.

EST. (Con ademán de marcharse.) Pues voy á pedirle esa explicación á su hermana, en presencia de su padre.

FERN. (Levantándose vivamente.) No. Puesto que se empeña usted, voy á dársela yo mismo. No quiero que se case usted con mi hermana



porque es usted un... Si no tuviera usted el brazo en cabestrillo le diría la palabra.

EST. Dígala usted.

FERN. Ya se la han dicho públicamente.

EST. ¿Mi proceso?

FERN. Sí, su proceso.

EST. (Sonriendo.) ¡Bah! No sea usted niño. Cuando usted tenga práctica de los negocios, comprenderá que esas cosas les suceden á los hombres más honrados del mundo...

FERN. (Sarcástico.) ¿De veras?

EST. Sin ir más lejos, yo podría citarle un hombre de cuya honradez nadie duda, y que usted mismo respeta con justicia.

FERN. (Con viveza.) ¿Que ha tenido un proceso análogo al de usted?

EST. Absolutamente igual. Por el camino he venido leyendo en mi coche los considerandos de su sentencia. No hay más que cambiar los nombres.

FERN. Yo no puedo respetar, como usted dice, á semejante sujeto.

EST. Cuidado, joven, que habla usted de su padre.

FERN. (Clérigo.) Miente usted.

EST. Calma, joven, calma.

FERN. ¡Mi padre no ha cometido ningún delito. Eso es una calumnia infame!

EST. (Saca del bolsillo un número de la «Gaceta» y lo coloca abierto sobre la mesa por la página que antes habrá buscado.) Yo no invento nada. Lea usted (Señalando.)

FERN. (Amenazador.) ¡Fuera de aquí!

EST. ¡Caballerol... (Con frialdad.) Nada que venga de usted puede ofenderme. Volveré dentro de media hora. (Mutis derecha.)

## ESCENA VI

FERNANDO

¡Miserable! Cuando él pueda hacer uso de los dos brazos le castigaré de un modo que se acuerde de mí, toda la vida. Pero... ha dejado

aquí el periódico... Mi padre le teme. ¿Por qué? ¡Vamos, es imposible! Yo lo sabré. (Mirando el periódico.) «Veintitrés de Diciembre de mil ochocientos ochenta.» Tenía yo cuatro años. No, no quiero leerlo; sería injuriar á mi padre. ¡Al fuego! (Se acerca á la chimenea, va á echar el periódico; de pronto se detiene, fija sus ojos en el número y, tomando una resolución, exclama.) ¡Ea, valor!... (Lee en silencio, se enjuga los ojos y la frente con un pañuelo; se sienta á la derecha de la chimenea, y prosigue la lectura. Al fin arroja el periódico sobre la mesa y prorrumpe en sollozos, quedando apoyado sobre la mesa, con la cabeza entre las manos.)

## ESCENA VII

FERNANDO, GONZALEZ y VALENTINA

- GONZ. ¿Llora? (Cogiendo el periódico.) Aquí hay una marca de lápiz rojo. (Volviendo la primera página.) ¡Veintitrés de Diciembre de mil ochocientos ochenta!... (Queda aterrado. Fernando levanta la cabeza. Las miradas de ambos se encuentran. El periódico se escapa de las manos de González. Los dos permanecen con los ojos bajos. Valentina entra por la derecha. Fernando al verla se precipita sobre el periódico y lo arroja á la chimenea.)
- VAL. ¿Qué te pasa, papá? ¡Estás pálido como un muerto!
- FERN. (Acercándose á su hermana.) Acabo de participarle una resolución que le aflige, pero que es irrevocable. Me voy á América con mi tío. (González cae sobre una silla desfallecido.)
- VAL. ¿Nos abandonas?
- FERN. Sí, necesito crearme una fortuna propia y no vivir en perpetua holganza.
- VAL. (A su padre.) ¿Y tú le dejas partir?
- GONZ. Él es el dueño de su voluntad.
- FERN. (Abrazando á su hermana.) No te apenes, Valentina. Ya volveré, y entonces podrás estar orgullosa de mí. Entre tanto leerás mis cartas al lado de tu marido.
- VAL. ¿De mi marido?...

- FERN. Si. Arturo. A tí es á quien ama.  
VAL. (Con agradable emoción.) ¿A mí?  
FERN. Siempre.  
VAL. ¿Pero no decías?...  
FERN. Todo ha sido una mala interpretación que ya te explicaré más tarde.  
VAL. ¿Y papá consiente?  
FERN. Sí; su resistencia obedecía á que no te consideraba bastante rica para que pudiérais ser felices los dos; pero ya no hay ese obstáculo, porque yo te cedo la fortuna que me corresponde.  
VAL. ¿Y tú entonces?  
FERN. ¡Ah! Yo soy tan orgulloso, que no quiero deber nada más que á mí mismo.  
VAL. No, no; yo no consiento semejante locura.  
FERN. Sí; acéptalo. Es el único favor que te pido.  
VAL. (A su padre.) ¿Pero qué dice usted á esto?  
GONZ. Yo nada, hija mía.  
CRIADO (Desde la puerta.) El señor Larroca.

## ESCENA VIII

DICHOS y LARROCA

- FERN. (Saliendo á su encuentro.) Comprendo tu impaciencia, pero no ha sido culpa mía. (Señalando á Valentina.) Esta es tu esposa. Da gracias á mi padre.  
LAR. (A González.) Con toda mi alma.  
GONZ. Hágala usted feliz, Arturo; vele usted incessantemente por su honor. Va usted á ser bastante rico para no tener que ocuparse más que de legar á sus hijos la mejor fortuna, un nombre sin tacha.  
FERN. (¡Pobre padre!)  
LAR. Puedè usted estar tranquilo.  
GONZ. (Acercándose á Fernando le dice á media voz y con la vista baja.) Fernando, ¿qué quieres que haga? ¿Quieres que devuelva á los perjudicados en mi asunto hasta el último céntimo? Tendré que dar la mitad de mi fortuna, pero estoy dispuesto.

- FERN. (Abrazándole.) ¡Gracias, padre mío!
- VAL. ¿Qué es eso?
- GONZ. Que Fernando me promete regresar dentro de un año.
- LAR. }  
VAL. } ¿De veras?
- FERN. Doy mi palabra.
- CRIADO El señor Estévanez.
- GONZ. Dí que no estoy.
- FERN. ¿Por qué? Viene á saber la repuesta. Que entre, sí. (Mutis Criado.)

## ESCENA ULTIMA

DICHOS y ESTÉVANEZ

- FERN. (A Estévanez.) Tenía usted razón, caballero. La persona en cuestión es perfectamente honrada. Reembolsa á todos sus acreedores.
- EST. ¿A todos? ¡Pero eso es un absurdo! ¡Se arruinará!
- FERN. Poco menos. ¿Le basta á usted este dato?
- EST. ¡Oh, ya lo creo! (Si tengo un hijo, me hará pagar sus deudas, las mías jamás.) Hace poco, señorita, su hermano me aseguró que usted no me concedía con gusto su mano. Si es verdad, conozco mi deber. Desengañeme de una vez.
- VAL. Pues en efecto, siento mucho...
- EST. Está bien. (A González.) A pesar de todo, quedo muy obligado á usted. Le haré á usted senador cuando yo sea ministro. (Mutis)
- LAR. ¿Han visto ustedes un bribón semejante? ¡Ministro él!
- FERN. ¿Por qué no? Nuestros padres brillaban por sus virtudes, con los destellos purísimos del brillante; los hombres del día relucen con el falso brillo del talco. ¡El mundo es hoy de los *sinvergüenzas!*

# OBRAS DRAMÁTICAS DE D. SALVADOR MARÍA GRANÉS

## Comedias en cuatro actos

*Los hombres de talco.*

## Comedias y dramas en 3 actos

Crisis matrimonial (Comedia).

El estrangulado (Drama).

Roger Laroque (Melodrama).

Dios, patria y rey (Drama).

León de la selva (Comedia).

La labradora (Drama).

*El boticario de Navalcarnero*  
(Comedia).

*Vida y milagros de San Isidro*  
(Melodrama).

## Comedias en dos actos

La Pleitomanía.

El señor de Manzanillo.

¡Ellas!

Los alfilerazos

Los amigos íntimos

La redención del pasado (Drama).

## Comedias en un acto

El salto mortal.

Don José, Pepe y Pepito.

Soy yo.

Mala Sombra.

Receta para casarse.

Mi mujer y mi vecino.

Las campanillas.

Un simón por horas.

El Conde de Cabra.

Al borde del abismo.

El joven del perro grande.

*La Pasión de Jesús.*

*Los abrazos.*

*Guerra y paz.*

## Zarzuelas en tres actos

Así en la tierra como en el cielo  
Barba Azul.

La Princesa de Trebisonda.

Los gigantes.

Un casamiento republicano.

La pradera de San Gervasio

El pompón rojo.

La panadera del Campillo.

La Archiduquesa.

La criolla.

*La Santa Cecilia.*

*Miss Helyett.*

*Sustos y enredos.*

*El Angel de la guarda.*

## Zarzuelas en dos actos

Abel y Caín.

Dos leones.

Martes 13.

Entre Pinto y Valdemoro.

El joven Cupido.

Los habladores.

El Prado de ayer y hoy.

*En el nombre del padre.*

*La telefonista.*

## Zarzuelas en un acto

¡Me cayó la lotería!

La Plaza de Antón Martín.

Un perro grande.

La fuerza de voluntad.

Amor á pedradas.

Hacer el oso.

Fuego en guerrillas.

Una señorita en rifa.

¿A que no se quién soy yo?

Circo nacional.

Al borde del abismo.

El año del diablo.  
 Después del Diluvio.  
 Ardid de guerra.  
 C. de L.  
 Por subir al piso 4.º.  
 ¿Se puede?  
 Por la tremenda.  
 Se necesitan oficiales.  
 Al borde del abismo.  
 Soy yo.  
 El fresco de Jordán.  
 La receta del doctor.  
 Juana que llora y Juan que ríe.  
 La canción de Fortunio.  
 Curro Cúchares.  
 Periquito entre ellas.  
 El Capitán Araña.  
 Teatro Nuevo.  
 Brinquini.  
 Circo Nacional.  
 El amor por los cabellos.  
 El mundo va á arder.  
 Un perro grande.  
 Un viaje al otro mundo.  
 Uno más uno, igual cero.  
 El gato en la ratonera.  
 La sonámbula.  
 Te espero en Eslava tomando  
 café.  
 A seis reales con principio.  
 Mis tres mujeres.  
 Un baile de trajes.

El grito del pueblo.  
 La liga de las mujeres.  
 A tí suspiramos.  
 El voto del caballero.  
 El día de la Ascensión.  
 El señor Juan de las Viñas.  
 Florinda ó la Cava... baja.  
 Grandes y chicos.  
 Juanito Tenorio.  
 La hija de la Mascota.  
 Los enemigos del cuerpo.  
 Manicomio político.  
 Tula.  
 El abrazo de Vergara.  
 Vista y sentencia.  
 ¡Santiago... y á ellas!  
 Ki-ki-ri-ki.  
 Los Presupuestos de Villapierde  
 Una ópera en Azuqueca.  
 La estatua de D. Gonzalo.  
 El baño de Diana.  
 El Rayo.  
 Los Presupuestos de Ex-Villa-  
 pierde (reformados).  
 La Dinamita.  
 Cascarrabias.  
 La Godinica.  
 Jaleo Nacional.  
 Ceno con mi madre.  
~~El abrazo de Vergara.~~  
 El Señor de Barba Azul.  
 La rifa del beso.

## PARODIAS

### COMEDIAS

La sanguinaria.  
 El mojicón.  
 Dos cataclismos.

### ZARZUELAS

El marsellés.  
 Ni se empieza ni se acaba.  
 El carbonero de Subiza.

Consuelo... de tontos.  
 Carmela.  
 Thimador.  
 Guasin.  
 El salto del gallego.  
 Mis' Erere.  
 Dolores... de cabeza.  
 La Goltjemia.  
 El Bahido del Zulú.  
 La Farolita.









Los ejemplares de esta obra se hallan de venta en todas las librerías.

Será considerado como fraudulento todo ejemplar que carezca del sello de la *Sociedad de Autores Españoles*.